

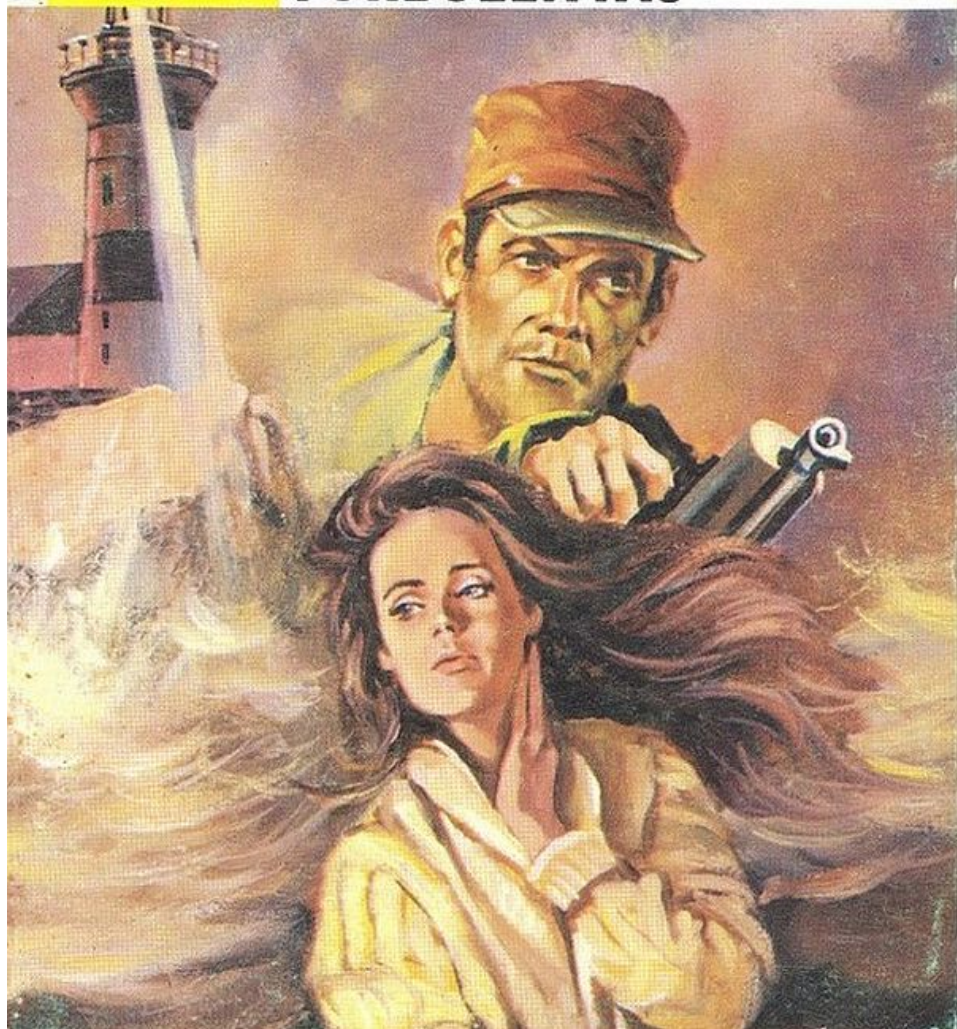
GRANDES



AVENTURAS

# INDIANA JAMES

DUENDE SOBRE AGUAS  
TURBULENTAS



Nueva York en verano es un infierno. El calor, húmedo y pegajoso, te entra por la boca, por los Oídos, por las narices, por el...

Las ventanas tienen que estar abiertas para no desaprovechar ni el más mínimo soplo de raquítico viento.

El ruido, con las ventanas abiertas, te inunda la casa poniéndose a competir con el mejor equipo stereo de Alta Fidelidad.

Y lo peor es no tener dinero para conseguir huir de aquella parrilla de asar.



Indiana James

# **Duende sobre aguas turbulentas**

**Bolsilibros - Indiana James - 41**

**ePub r1.0**

**Lds 25.05.18**

Título original: *Duende sobre aguas turbulentas*

Indiana James, 1987

Cubierta: Almazan

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



**GRANDES**



**AVENTURAS**

## CAPÍTULO PRIMERO

Nueva York en verano es un infierno. El calor, húmedo y pegajoso, te entra por la boca, por los Oídos, por las narices, por el...

Las ventanas tienen que estar abiertas para no desaprovechar ni el más mínimo soplo de raquíptico viento.

El ruido, con las ventanas abiertas, te inunda la casa poniéndose a competir con el mejor equipo stereo de Alta Fidelidad.

Y lo peor es no tener dinero para conseguir huir de aquella parrilla de asar.

Únicamente los domingos se puede vivir en paz. Miles de imbéciles abandonan la ciudad decididos a refrescarse unas cuantas horas en un atasco de circulación, luchar a brazo partido durante no más de una hora por acercarse al mar, y volver a refrescarse en otro atasco de más de cuatro horas.

Mientras los imbéciles se van, los listos nos quedamos.

Y las listas.

Enfrente de mi apartamento había una vecina nueva: una chica de veinte pocos años, rubia, con los ojos azules, con un excelente «sistema respiratorio» de amplia capacidad, dos piernas que parecían esculpidas por Miguel Ángel, una silueta de guitarra española y unos labios tentadores.

Todos estos detalles los había obtenido después de horas y más horas de paciente observación a través de unos prismáticos militares de largo alcance.

Si su materia prima era excelente, su gusto no hacía juego.

Todo el apartamento había sido decorado en horribles tonos rosa pastel: cortinas, colcha, teléfono, papel de las paredes, lámparas, alfombras, toallas... Aquello parecía una cajita de caramelos de principios de siglo.

A las ocho de la mañana mi vecina comenzaba a realizar sus ejercicios gimnásticos.

A las siete de la mañana, yo bajaba a comprar el periódico, desayunaba y me sentaba cómodamente ante la ventana en espera de que comenzase la sesión.

Pocas noticias aquel día: una prima de un pescadero que era cuñado del electricista de un camarero de la Casa Blanca, afirmaba que no sabía nada del *Irangate*.

En el Líbano una facción cristiana de los «Combatientes Unidos de la Causa Mahgrebí» habían secuestrado a un periodista argentino y afirmaban que lo ejecutarían si Jesucristo no resucitaba.

Irán había denunciado una violación del alto el fuego, por parte iraquí, y decía que en la batalla subsiguiente habían acabado con 300 iraquíes.

Irak había denunciado una violación del alto el fuego, por parte iraní, y decía que en la batalla subsiguiente habían acabado con 300 iraníes.

Como podrán ver, las noticias de todos los días.

Lo más divertido venía en uno de los suplementos. Decía así:

MORTONVILLE (Maine). El Ayuntamiento de la ciudad de Mortonville ha acordado duplicar el sueldo a la persona que decida ocupar la plaza de farero.

Pese a que el sueldo mensual es de 4800 dólares, no se encuentran voluntarios para ocupar la plaza vacante. El último encargado del faro se despeñó por las rocas, al parecer suicidado, y el anterior está internado en un hospital psiquiátrico. El Ayuntamiento ha informado de que...

## CAPÍTULO II

Mortonville está situado en el Estado de Maine.

Créanme: es uno de los sitios más maravillosos que puedan verse. Ocupa la mitad de Nueva Inglaterra, y se halla situado entre New York y la frontera de Canadá.

Bosques de kilómetros y kilómetros de extensión, más de 2000 lagos, una costa atlántica recortada, llena de miles de minúsculas calas en las que se asientan pequeños pueblecitos marineros, con casas de madera y pescadores amables y sonrientes, miles de islas e islotes...

Eso es el Maine: el Paraíso en la Tierra.

Conducir por sus carreteras, que se introducen en los bosques con el mismo amor que un niño busca los brazos de su madre, es una delicia. La sombra de los árboles contribuye a refrescar la piel, azotada por el sol de un verano como aquél.

Los lagos que se van encontrando a los lados de la carretera, contribuyen, con su mansedumbre, a calmar a la persona más agitada. El mar, con su brisa suave y refrescante termina de serenar el espíritu.

Pasé por la ciudad de Providence, donde vivía mi amigo Oliver Hodgson,<sup>[1]</sup> sin detenerme a saludarlo.

Estaba seguro de que me brindaría su hospitalidad y que, con su generosidad habitual, me «prestaria» el dinero que le pidiera, sin necesidad de devolvérselo.

Pero no era aquello lo que necesitaba.

Ya me había hecho a la idea de convertirme, aunque sólo fuera por unos meses, en el habitante solitario de un faro. Y aquello parecía muy agradable: tiempo para escribir, maravillosas puestas de sol, paseos bajo la luna llena, el rumor de las olas como el mejor



de los arrullos...

Seguí el camino de la costa en busca de Mortonville. Y en unas pocas horas, ya estaba allí.

Aunque los últimos cuarenta kilómetros discurrían entre la costa, en una carretera con más curvas que una serpiente electrocutándose.

El pueblo era tal y como lo había imaginado en mis sueños: una población nacida al abrigo de una cala, rodeada de grandes farallones rocosos y bañada por un sol veraniego que invitaba a tenderse en la arena de playa y olvidarse de todo el mundo. Las casas eran de madera, con techos de pizarra, y, todas sin excepción, pintadas de blanco.

Parecía uno de aquellos pueblecitos que aparecen en los cuentos infantiles. El muelle era de madera y, atadas a él, se veían varias barcas de pesca y deportivas.

Lo que no se veía por parte alguna era el faro.

Conduje el coche por una calle asfaltada hasta llegar a una plazoleta. Un edificio de tres plantas, construido de piedra, dominaba el lugar, sin ninguna duda, era el Ayuntamiento.

Bajé del coche y me dirigí hacia él.

Las calles estaban semi-desiertas, y eso era muy extraño. El Maine es un lugar que durante el verano se llena de personas dispuestas a pasar sus vacaciones en contacto con la naturaleza. Y, sin embargo, aquel pueblo parecía carecer de veraneantes.

Me bastó dar un par de golpes en la puerta para que ésta se abriera, dejando paso a un fornido hombretón que me miró con curiosidad.

—Creo que tienen un trabajo para mí... —dije a modo de presentación.

El rostro se le iluminó con una sonrisa, no exenta de superioridad.

—¡Bienvenido! Me llamo Harry King, soy el Alcalde y, si lo quiere, el trabajo de farero es suyo.

Estreché la mano que me tendía.

—Yo me llamo... Indiana James.

Harry soltó una sincera carcajada.

—Me gusta la gente con sentido del humor. Sí, éste es un trabajo para un aventurero como Indiana James. Ahora, dígame su nombre

de verdad.

—Éste es mi nombre. Aunque yo soy James, y no Jones. Creo que algún día tendré que pedir derechos de autor a Hollywood...

—Parece curtido —me dijo estudiándome con la mirada—. ¿Tiene alguna experiencia en problemas?

—Toda. A mí me gusta decir que soy escritor, pero los que me conocen opinan que soy un aventurero cabeza-locu. Llevo escritos un montón de libros sobre las cosas que me han pasado por medio mundo: India, Arabia Saudita, Guinea, Inglaterra, Australia, Canadá, Brasil, Portugal, Líbano, Perú, Francia, el Caribe, Japón...

—¡Vale, vale! Creo recordar haber leído algo suyo. Era una cosa que sucedía en... ¿Nueva York? ¡Una locura: cocodrilos en las alcantarillas, sádicos, locos...! ¿De verdad que le ha pasado todo eso?<sup>[2]</sup>

Asentí con la cabeza, con miedo a que me pidiera que le dedicara el libro. Es una de las cosas que más odio: tener que escribir A MI QUERIDO AMIGO XXX, cuando acabo de conocer a XXX.

—Creo que su libro sirvió para encender la chimenea en invierno... —me dijo con aire entristecido—. Lo cierto es que pensé que se trataba de una novela inventada... ¡Lo siento!

—No se preocupe. Cuando vuelva a Nueva York le enviaré una colección completa.

Me caía bien aquel individuo: vestía unos *jeans* y una camisa a cuadros, sonreía como lo hacen las personas sinceras y decía la verdad sin incomodarse.

—Está anocheciendo, será mejor que vayamos a mi casa y cenemos un poco. Mañana, antes de que acepte el trabajo quiero que conozca a una persona.

—Tendré que buscar un hotel y...

—Dormirá en mi casa. Mi mujer estará muy contenta de tener de huésped a un aventurero. Y mañana, después de conocer y charlar con Len Orion, dejaré que acepte el trabajo.

—¿Quién es Orion?

—Ya hablaremos mañana de eso... —me dijo dando por cerrada esta conversación. No me atrevía preguntarle qué era lo que pasaba en el faro.

Fue una velada excelente. Harry King tenía dos hijos de 14 y 15

años que escucharon atentamente todo lo que les contaba. Su esposa es una de las mejores cocineras que he conocido. Su «langosta iroqués» creo que no la superaría ni un cocinero francés.

Dormí como un bendito lirón.

A las siete de la mañana, Harry me despertó y, después de desayunar, me llevó hasta su coche.

—¿Vamos a conocer a Orion? —pregunté.

—Exactamente.

—¿Quién es? —pregunté intrigado.

Harry enfíló la carretera que llevaba hacia el exterior, alejándose de la costa.

—Len Orion fue... es, uno de los predecesores en el puesto que tú quieres ocupar.

—¿El guarda de faro que se volvió loco?

—El mismo. Está internado en un siquiátrico, desvaría y es incapaz de mantener una conversación coherente, grita como un endemoniado... y todo eso le pasa por haberse quedado en el faro. Si después de oírle quieres el puesto... es tuyo.

—¿Qué es lo que sucede en el faro? —pregunté inquieto.

—No lo sé. Ni lo sabe nadie. Pero en el último año hemos tenido cuatro fareros. El primero desapareció allí mismo. El segundo volvió al pueblo, cogió un coche y salió disparado: no hemos vuelto a saber nada de él. Los otros dos son los que se citan en el periódico. —Dijo frunciendo las cejas con aire ensimismado.

Decidí pasar por alto el gesto de Harry y cambié de tema, preguntándole por el pueblo.

Me explicó que no tenían más que una fonda, una afortunadamente mala carretera de acceso (que desanimaba a los veraneantes) y unas costas rocosas y abruptas. No era el sitio ideal para los turistas.

Cosa que a sus habitantes les agradaba, ya que podían dedicarse a sus ocupaciones sin la molestia de unos miles de mirones veraniegos entrometidos.

—Vivimos de la pesca de la langosta. Ésa es nuestra mayor fuente de ingresos. También cultivamos algo de tierra, cazamos, vendemos madera... ¡Quien más y quien menos tiene unos ahorros y, si es necesario, podemos pasar sin pescar y vivir de las rentas!

—Por cierto... ¿Dónde está el faro? ¿No lo he visto por ninguna

parte? ¿Se trata, también, de un faro fantasma?

Por extraño que parezca, Harry no sonrió a mi broma.

—Está situado a unas pocas millas del pueblo, en la Isla de las Ballenas. Le llaman así porque, antiguamente, muchas ballenas pasaban por sus costas rumbo a los mares cálidos del Caribe. Hoy ya no quedan ballenas, pero se le sigue llamando así. Es un islote no muy grande. Tres veces por semana se llevan provisiones al guardián del faro. Además, en una pequeña cala de la isla hay amarrada una Zodiac fuera-borda, que puede utilizar cuando lo necesite...

Me di cuenta de que Harry no estaba dirigiéndose a mí, hablaba impersonalmente, como si no fuera yo la persona que iba a ocupar aquel puesto, como si no quisiera que fuera yo.

Decidí no insistir y permanecí callado hasta que llegamos al Hospital Siquiátrico del Condado.

Aunque era un contrasentido, me dio la impresión de ser un sitio alegre. Se trataba de un caserón de tres plantas completamente rodeado de prados verdes y, a lo lejos, por frondosos bosques. La valla de ladrillo que rodeaba el Hospital en vez de sugerir encarcelamiento, parecía un elemento más del paisaje.

Nos llevaron ante Len Orion en pocos minutos. Estaba sentado en una mecedora bajo un porche de madera que le protegía del sol abrasador. Harry se colocó de cuclillas junto a él.

Era un individuo de unos cuarenta años, delgado y huesudo, pálido y con la mirada perdida en un punto del bosque.

Cuando nos acercamos a él, Harry se llevó un dedo a los labios indicándome silencio. Obedecí.

—¿Len? ¿Me recuerdas? Soy Harry...

—Hola. ¿Tienes un cigarro?

Harry se apresuró a tenderle uno, que el loco tomó sin mirar a la cara de su amigo.

—¿Qué tal estás? Los médicos dicen que has mejorado mucho...

—mintió descaradamente—. Pronto podrás volver a tu casa.

—Nunca volveré a ese maldito pueblo. Nunca.

—No puedes decir eso... Has nacido allí... Tienes amigos, me tienes a mí, a Stephen, a Buddy, a...

—Nunca volveré.

—¿Por qué? —preguntó ingenuamente Harry.

De un salto Len Orion se incorporó y tomó a Harry por las solapas. Éste me hizo un gesto, deteniéndome cuando acudía en su defensa.

—¿Cómo me lo preguntas? Tú sabes lo que hay allí, lo que sucede... No quiero que me vuelva loco, que se apodere de mí... — Sus ojos se volvieron aún más dementes y comenzó a gritar—. ¡Nooooo! Vendrá a por mí... Por eso vigilo el bosque, para verlo aparecer y poder huir...

—¿Quién va a venir a por ti?

—¡TODO! ¡TODO!

Y comenzó a agitarse presa de unas convulsiones extrañas.

Dos enfermeros acudieron y nos rogaron que nos marcháramos.

Volvimos a Mortonville en silencio. Harry sólo lo interrumpió un momento para decirme:

—Nadie sabe lo que sucede en el faro de la Isla de Las Ballenas. Y el único que podría decírnoslo está tal y como lo has visto. ¿Aún quieres el puesto?

—Ahora más que antes —respondí.

Cuando llegamos ante el pueblo, me siguió pareciendo un lugar maravilloso, un paraíso bajo el sol, pero sobre él se cernía la misma amenaza que aparecía sobre el pueblo en que se desarrollaba la película LOS PÁJAROS de Hitchcock.

Media hora después, comenzó a nublarse.

## CAPÍTULO III

Pasé aquella noche en casa de Harry King.

Afortunadamente no debían de encender mucho la chimenea en invierno, ya que su biblioteca era abundante y bien nutrida. Se brindó, amablemente, a prestarme todos los libros que necesitara.

Hice un auténtico secuestro: WILT de Tom Sharpe, SALVEMOS LA ANTÁRTIDA de Andreu Martin y Juan Jo Sarto (una novela juvenil escrita en castellano que no sé cómo había llegado hasta allí, pero que resultó ser apasionante), NIEBLA de Stephen King, y un libro de cuentos de Robert Sheckley, otro Fredrick Brown, otro de Scott Fitzgerald... una buena biblioteca.

Me acosté y ojeé las contraportadas y solapas de los libros, hasta que me dormí.

La mañana amaneció nublada. Un viento frío y acelerado silbaba entre las casas y azotaba las prendas puestas a secar en el exterior. Aunque no llovía, vi que casi todos los habitantes del pueblo habían salido con sus impermeables o paraguas.

Harry King me acompañó hasta el almacén para que hiciera algunas compras. El Ayuntamiento se encargaba de todo lo necesario para mi mantenimiento, pero yo, había salido con tanta velocidad de New York que necesitaba algunas mudas de ropa, folios de papel, tabaco, un par de botellas de Bourbon Old Forester de 12 años, un transistor, pilas...

Todo eso pude comprarlo gracias a mi tarjeta de crédito.

Cuando salí de la tienda, tremendamente cargado, el viento seguía soplando con intensidad. Los árboles se inclinaban azotados por el vendaval.

—¿Son frecuentes los huracanes en esta zona? —pregunté un poco asustado al ver la velocidad del aire.

—No, y esto no es un huracán. Es solamente viento fuerte, un poco frío para esta temporada, pero viento fuerte, al fin y al cabo.

Si aquello era viento fuerte... ¿cómo sería una tempestad? No me atreví a preguntarlo.

Harry se ofreció a llevarme, en barca, un par de veces por semana, las provisiones que necesitase. También estaba en posesión de un aparato de radioaficionado con el que podría comunicarme si no lograba entrar en contacto con la Comandancia de Guarda-Costas.

—Y ahora... ¡Vamos! —dijo, dando por terminada la conversación—. Si no lo hacemos ahora, puede que encontremos mala mar dentro de un rato.

Rápidamente fuimos hasta el muelle. Harry tenía amarrada allí una barca de fibra de vidrio de diez metros de largo.

Colocamos mis escasas pertenencias en él y, rápidamente, Harry puso en funcionamiento el motor. En unos pocos minutos estábamos saliendo de la bahía de forma semicircular en la que se hallaba Mortonville.

En aquel momento todo el mar cambió. Los farallones de roca habían protegido el agua del mar, pero cuando salimos de su zona de influencia, la barca comenzó a agitarse presa de las fuertes olas que golpeaban a estribor.

Harry puso proa al Norte, embistiendo directamente las olas, y haciendo que la barca permaneciera unos segundos en el aire, entre ola y ola, cayendo luego sobre el mar con un intenso \*\*\* DIVIDIR DE ACUERDO A SÍLABAS CON \*\*\*

Las gotas de agua nos salpicaban el rostro.

Harry señaló un punto en la lejanía.

—Allí está la isla de las ballenas. ¿Ves el faro?

No. No podía verlo. Lina densa bruma invadía toda la isla que no debía de medir más de treinta metros de altura.

Aguzando mucho la vista, conseguí entrever la estructura de piedra del faro, un bloque de unos quince metros que se erguía sobre el punto más alto de la isla.

—¿Siempre hay esa bruma? —pregunté inquieto.

—No. No es bruma, se trata de las gotas de las olas que rompen contra los farallones... —me contestó.

No quise indagar cómo íbamos a conseguir desembarcar en la

isla. Me contenté con mirar el cielo y ver cómo éste se iba encapotando más y más conforme las nubes se iban desplazando a gran velocidad.

—¿A quién le sirve este faro? —pregunté por romper el silencio.

—Aunque no te lo parezca, a mucha gente: pescadores de los pueblos próximos, pequeños cargueros de cabotaje, embarcaciones de turistas... No es fácil que tú los veas, pero si ellos te ven a ti, puedes estar seguro de que se han desviado de su ruta y pueden tener problemas.

Asentí sin añadir nada más: hablar en aquellas condiciones nos exigía unos gritos inhumanos.

Después de más de una hora de intensa navegación, llegamos a las proximidades de la isla.

Harry guió la barca hacia una pequeña cala orientada al Sur. Allí, al igual que había sucedido en Mortonville, las rocas protegían la ensenada.

Una vez que entramos dentro, el mar se calmó y pareció que íbamos sobre un tranquilo cenagal.

Harry se secó el agua que le empapaba la cara y acercó la barca a la playa. Sobre la arena y fuertemente amarrada, reposaba una Zodiac fuera-borda.

En pocos minutos bajamos todos los bultos hasta la arena.

—Ven, te explicaré cómo funciona todo esto —me dijo tomando uno de los paquetes y empezando a caminar hacia el final de la cala.

—Espera un momento... —le dije—. Si el tiempo sigue empeorando no vas a poder volver.

—Ya lo sé —me contestó sin dejar de caminar—. Pero no puedo dejarte aquí solo, sin saber lo que te espera y sin haberte advertido de cómo se pone en marcha la radio, el generador eléctrico...

—Y el faro —añadí yo con sorna.

—Eso, el faro también. Aunque me preocupas tú más que el funcionamiento del faro.

Le seguí sin rechistar.

Desde la cala, se podía subir hasta el faro por una retorcida escalera que había sido labrada en la roca. No me entretuve en contar los peldaños, pero me pareció más largo que subir a lo alto del Empire State Building un día de corte de fluido eléctrico.



Al llegar al último tramo, las rocas dejaron de protegernos, y el viento nos golpeó con violencia, cada escalón que ascendíamos era a costa de un gran esfuerzo. Avanzábamos completamente inclinados hacia adelante, con nuestra nariz casi raspando los peldaños superiores.

Luego, una vez que llegamos a la meseta en la que se asentaba el faro, tuvimos que recorrer un par de centenares de metros sin ninguna protección.

Todo el suelo era pura roca en la que, muy de tanto en tanto, se veía alguna muestra de vegetación. Los charcos eran muy frecuentes, lo que indicaba que las olas solían llegar hasta allí.

¡Hasta allí!

Por fin alcanzamos, bastante fatigados, la base del faro.

La estructura era de piedra y daba la impresión de poder resistir una tempestad mil veces más fuerte que la que estábamos sufriendo. La puerta era de madera estaba cerrada.

Harry la abrió con una llave que me tendió a continuación.

—No sé para qué se cierra esto. No creo que nada vaya a molestarte en días como éste. Además, por dentro hay un montón de cerrojos.

Era cierto. La parte interior de la puerta parecía un Museo de Cerrajería, desde antiguos pasadores, hasta modernas y sólidas cerraduras tipo Yale.

Las escaleras de caracol (¡Más escaleras!) nos llevaron hasta una habitación circular de unos seis metros de diámetro. Allí había una despensa, una cama de litera, una librería, un aparato de TV, armarios, una mesa, una cocina... Se trataba de la vivienda del farero.

De uno de los lados salía otra escalera que llevaba hasta la habitación superior: radio-teléfono, un pequeño taller de electricidad, repuestos de pequeñas piezas del equipo del faro...

La estancia superior a ésta era la que soportaba el «motor» del faro, el que hacía girar la potente lámpara. Y, sobre ésta no había más que el faro.

Una estructura de cristal que encerraba las lámparas y espejos. Todo ello rodeado por un pasadizo y una barandilla construida por alguien que no debía de haber sentido vértigo en toda su vida.

Ver la tormenta que nos rodeaba, desde aquel punto de

observación, es una de esas cosas que uno puede contar a sus nietos como la hazaña de su vida.

Desde lo alto del faro, la brutalidad de las olas que rompían contra las rocas, hacía que los cabellos se me erizaran. El viento nos golpeaba con tal violencia que ambos estábamos agarrados con fuerza al pasamano y nos costaba respirar si abríamos la boca.

Con un tirón de la ropa, Harry me indicó que le siguiera dentro de la estructura de cristal.

Una vez que cerró la puerta que aislaba las lámparas, el viento y el rugido de las olas, desaparecieron de nuestras vidas.

—Qué silencio... —dije en voz baja, temeroso de romper aquel encanto.

Harry no me contestó: debía de estar deseando terminar de instruirme y volver a su casa.

En media hora me había explicado todo lo que tenía que hacer, que no era mucho.

Si se oscurecía, un piloto rojo me indicaba que debía de conectar el botón rojo. Si hacía falta más electricidad: botón amarillo. Si había cualquier otro problema: radio-teléfono y alguien vendría a solucionarlo.

Una vez que hube terminado, acompañé a Harry hasta la cala donde había dejado su barca. El insistió en que no lo hiciera, pero yo no le hice caso.

Allí, antes de subir a bordo, me tendió la mano, mirándome fijamente a los ojos.

—Vendré mañana...

—No hace falta que lo hagas. Tengo provisiones para una semana.

—No son las provisiones lo que me preocupa —me dijo reteniendo la mano que estaba estrechándome—. El contrato lo firmaremos cuando lleves una semana aquí... y sepas si quieres seguir en este trabajo. Pero tu sueldo lo cobrarás a partir de hoy.

—Me parece que exageras... No soy un niño para asustarse de una tormenta, por fuerte que ésta sea...

—Volveré mañana —dijo antes de girarse y montarse en la barca.

Le vi partir sin desasosiego: no me asustaba aquella situación. El mi vida he vivido situaciones mucho peores que ésta, y he salido de

todas ellas.

Volví a mi «casa» en medio de la tempestad de viento y agua.

Una vez allí, hice un poco de limpieza de papeles y periódicos viejos abandonados por mis predecesores, asecé la estancia y me preparé la comida.

Después me tendí en la cama y cogí uno de los libros que me había prestado Harry: SALVEMOS LA ANTÁRTIDA. Pertenecía a una colección que se llamaba NATURALEZA EN PELIGRO. Los autores eran Andreu Martín y Juano Sarto. ¡Si queréis saber lo que es una tempestad... leedla! Supongo que la podréis encontrar en cualquier librería de libros españoles. Es del año 1987, y de Editorial Molino.

La leí de un tirón y me hice la firme promesa de comprarme todos los títulos de la colección. No os contaré el final, pero os diré que cuando cerré el libro, era el ser más feliz del planeta: estaba solo, con la compañía de buenos libros y buen *whisky*, me pagaban un buen sueldo, tenía todo el tiempo que quisiera para escribir, dormir, pasear...

Todo mi trabajo consistía en manejar aquel faro, y eso era más fácil que poner en marcha mi refrigerador: todo estaba automatizado. Por si fuera poco, cuando alguna luz llevaba más de dos minutos encendida, sin que yo le hiciera caso, una sirena me avisaba.

Era el trabajo más cómodo que se pueda imaginar: sólo tenía que estar allí.

Luego descubrí que «estar allí» era más de lo que se le puede pedir a muchos seres humanos.

## CAPÍTULO IV

Una desagradable sirena me despertó del sueño en el que había caído, después de la lectura.

Me levanté y comprobé que era la luz roja la que estaba encendida. Oprimí el botón del mismo color, y me asomé a una de las ventanas circulares, «ojos de buey» les llaman los marineros, que había en mi habitación.

Aunque por el reloj pude comprobar que eran las cinco y media de la tarde, el exterior parecía una tenebrosa noche de invierno.

Las gotas de lluvia azotaban el cristal con la fuerza de pequeños perdigones, el viento silbaba a través de todas las rendijas que encontraba a su paso, las nubes parecían estar disputando una carrera de Fórmula 1 sólo unos metros por encima del faro, la oscuridad era rota únicamente por el potente chorro de luz que, sólo unos metros más allá, parecía detenerse incapaz de penetrar en las tinieblas que nos rodeaban.

Era una tarde en la que apetecía más una taza de cacao caliente, que una

Coca-Cola

bien fresquita. Y estábamos en Agosto.

No pude reprimir un estremecimiento de frío.

Todo estaba en orden, así que no tenía ninguna obligación.

El ruido del motor del faro me llegaba muy amortiguado.

Saqué mis folios, me senté a la mesa, y me dispuse a enfrentarme con una experiencia que hacía años que había olvidado: escribir a mano.

No saben ustedes lo difícil que es empezar una novela: el primer párrafo ha de tener ingenio, sugerir cosas al lector, sorprenderle, invitarle a que salte al segundo, y al tercero y al...

Siempre he dicho que cuando tienen un buen comienzo tienes una buena novela... si encuentras un final aceptable.

Por eso, no me molesta perder tiempo en las primeras páginas.

Mordisqueé un bolígrafo, hice unos dibujos en una de las esquinas del folio, me levanté para comer una galleta, para mirar al exterior...

Fue entonces cuando escuché aquel ruido.

Era como si alguien, en la habitación superior, estuviera montando una cama plegable. Incluso podía escuchar los pasos, cortos y ahogados por unas zapatillas.

Me senté ante los folios en blanco, decidido a no preocuparme por lo que no podía ser más que una imaginación mía.

La primera frase, tenía que encontrar una primera frase.

¡COFFF! ¡COOOOFFFF! ¡COFFF!

Aquello, no me cabía ninguna duda, habían sido unas toses de la persona que había desplegado la cama. Toses que indicaban que su «fabricante» poseía unos pulmones en mal estado y que no sería enemigo para mí en una pelea... pero toses humanas al fin y al cabo.

No me dejé impresionar por aquello. Seguramente era el graznido de alguna gaviota que habría entrado en la habitación.

Lo que yo tenía que hacer era concentrarme en la primera frase de mi novela. ¿Qué tal si empezaba diciendo «En otros tiempos» me hubiera enorgullecido de decir que...?

¡¡¡BLOOOOMMMMM!!!

Al «tipo de las tosecitas» se le tenía que haber caído al suelo, por lo menos un aparato de TV.

Pero no había «tipo» de clase alguna, y a mí se me había olvidado la primera frase de mi próxima y genial novela.

Empezaría... «Nunca se puede estar seguro de que en el futuro no se hará alguna cosa, por extraña que ésta sea. Yo siempre había creído que...».

HELLO, DARKNESS, MY OLD FRIEND...

¡Esto sí que era demasiado! No conozco a ninguna gaviota, o cualquier otro animal, que sea capaz de entonar las primeras estrofas de esta canción de Simón y Garfunkel.

La traducción de lo que cantaba el «tipo de las toses» es: HOLA, OSCURIDAD, MI VIEJA AMIGA... y la canción se llama LOS

## SONIDOS DEL SILENCIO.

¿No les parece que el «tipo de las toses» tiene sentido del humor?

¡A la porra la primera frase de la novela!

Si tenía visita en casa, quería conocerla.

Me dirigí a la escalera con pasos no demasiado decididos.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté antes de apoyar mi pie en el primer peldaño.

Nadie contestó a mi pregunta, pero el «tipo de las toses» comenzó a tararear el EXTRAÑOS EN LA NOCHE, con bastante peor voz que Frank Sinatra.

Sí. No sé dónde había estado escondido cuando subí con Harry King, pero allí había alguien.

Comencé a ascender por las escaleras pisando fuerte, para hacer notar mi llegada.

Nadie.

No había nadie.

Permanecí unos minutos removiendo los trastos de cuarto, en busca de alguna puerta oculta, pasadizo secreto o similares.

Y entonces, en el cuarto de motores, oí:

WE WERE TALKING ABOUT THE SPACE BETWEEN US ALL...

ESTAMOS CHARLANDO ACERCA DEL ESPACIO QUE HAY ENTRE NOSOTROS...

Se trata de una vieja canción de Los Beatles, titulada DENTRO DE TI, SIN TI. ¿A que parece un chiste?

¿Estaba mi duende musical, diciéndome que todo eran figuraciones mías?

Decidí subir hasta el faro, para asegurarme de que estaba solo.

No había nadie en el cuarto de motores, ni en el faro.

Sólo la noche, que envolvía todo el espacio que me rodeaba. Una noche que parecía despedir una luminosidad especial. A pesar de lo cerrado de las nubes, 70 veía las rocas situadas al pie del faro, como si estuviera mirando a través de un visor de rayos infrarrojos.

Consulté mi reloj. Era las siete de la tarde. Ya estaba anocheciendo, pero aquella luz no era debida al sol, que era incapaz de perforar las nubes.

NIGHTS IN WHITE SATIN...

NOCHES DE BLANCO SATEN...

Esta vez era una canción de los *Moody Blues*. No cabía duda alguna de que mi fantasma debía de tener en poco menos de cuarenta años.

La voz de mi «cantante tímido» me había llegado desde el cuarto de motores, aunque no conseguí entender cómo se hacía oír en medio de la tempestad que rugía en el exterior.

Bajé como una tromba al encuentro del duende.

Pero no había nada en el cuarto de máquinas.

Sin esperar a que comenzase a cantar más abajo me lancé por las escaleras a toda velocidad, saltando los peldaños de cuatro en cuatro.

A mitad de la escalera, la luz se fue.

Mi pie pisó el borde de un peldaño.

Resbalé.

Perdí pie.

Caí rodando y botando sobre los escalones, mientras golpeaba la pared de piedra con piernas, brazos cabeza.

CLACKK, SHHHIISSSSHH, CROOOCK STAAAACCCCKKK...

Juraría que entre todo el ruido que hice, se podía escuchar una risita irónica.

Me levanté lleno de magulladuras y con dolores punzantes en un montón de partes del cuerpo.

Lancé un par de maldiciones a las tinieblas, mientras me frotaba los puntos doloridos.

A tientas me orienté como pude. La linterna y el mechero estaban en «mi cuarto», en la planta de abajo.

Con sumo cuidado, me moví buscando las escaleras.

Y una vez que las encontré bajé por ellas.

De una en una.

Para evitar alguna nueva broma de mi duende, fui hasta la mesa arrastrando los pies por el suelo.

Al buscar el encendedor sobre la mesa, no lo encontré. Así que hice memoria para recordar dónde se hallaba la linterna. La había visto cuando Harry abrió uno de los armarios. Tanteé por los diferentes estantes, derribando miles de objetos que no recordaba que estuvieran allí, hasta que mis dedos la encontraron.

La cogí y la encendí.

¡¡¡CLICK!!!

Las pilas estaban gastadas.

Con rabia la arrojé contra una de las paredes, y después de varios golpes, la oí descendiendo rítmicamente escaleras abajo.

Estuve casi veinte minutos, a cuatro patas, tanteando el suelo en busca del maldito mechero, hasta que mis dedos tropezaron con él. Mis articulaciones no estaban preparadas para el ejercicio después de mi caída, pero no tuve más remedio que aguantarme y buscar.

Por extraño que parezca, cuando lo encontré no había saltado la piedra, ni se había acabado el gas, ni siquiera estaba mojado.

Encendió a la primera.

A la vez que la luz del faro.

Toda la habitación quedó iluminada.

En el piso de arriba, volví a escuchar una carcajada llena de radiante satisfacción por el éxito de la bromita.

Decidí que por aquella noche tenía bastante.

Por más que oyera la Marcha Nupcial en el piso de arriba, no pensaba subir y gritar: «¡Vivan los novios!». ¡Allá ellos si querían casarse!

Me preparé un poco de cena, cogí uno de los libros que había traído y me fui a la cama, a dar un poco de descanso a mis doloridos huesos.

Si quieren que les cuente un secreto, les diré que no soy aprensivo, pero que aquella noche no cogí un libro de terror de Stephen King, sino el WILT de Tom Sharpe. Una novela para morirse de risa.

Mientras leía, mi particular *disc-jockey* me deleitó con un «popurrí» de música *country*, tecno, folk, *rock* y *blues*. He de reconocer que si su gusto por las bromas era infame, sus gustos musicales se parecían bastante a los míos.

Pero el sueño se resistía a venir a mí.

Me tranquilicé repitiéndome una y otra vez que un «hilo musical» no es suficiente para volver loco a nadie, ni para hacerle suicidarse, ni huir.

—Indiana, viejo. En tu vida has pasado tragos mucho peores que éste —me repetía una y otra vez—. Algunas veces has sabido quién era el culpable, otras veces no. Y hubo una ocasión que estuviste a punto de volverte loco... por un montaje de un millonario chiflado.

[3] Si hace falta, mañana buscaremos al «Duende Musical»...



El sueño había acudido a mí.

Como hacía un poco de frío, me arrojé bajo la abana y la colcha y saqué la mano para apagar la luz. ¡¡¡CLICKKKK!!!

O el interruptor no funcionaba, o mi duende estaba de broma.

Lo probé un par de veces más, sin resultado.

Así que metí la cabeza bajo la colcha, cerré los ojos me puse a dormir.

Me despertó un desgarrado grito de mujer en plena oscuridad.

## CAPÍTULO V

Rápidamente di marcha al interruptor y, por extraño que parezca, la luz se encendió iluminando la estancia.

Comprobé que eran las nueve de la mañana. No sé cuánto tiempo habría dormido, pero lo había hecho con intensidad.

Permanecí callado unos instantes intentado volver a percibir el grito femenino que me había despertado.

Durante unos minutos seguí tumbado en la cama, escuchando sin oír nada, absolutamente nada.

Debía de tratarse de alguna gaviota, cuyos graznidos suenan, en ocasiones, de una forma aterradora.

Todas las cosas que me habían ocurrido el día anterior, estaban muy lejanas, como si se hubieran producido muchos meses atrás.

Me lavé, vestí y me preparé el desayuno, mientras observaba por la ventana la oscuridad que seguía reinando en el exterior.

Parecía increíble que fueran las nueve de la mañana. La luz del faro se estrellaba contra la oscuridad que ros rodeaba, como si se tratase de algo sólido, con cuerpo, capaz de impedir el paso de los rayos del sol o de luz artificial.

Conecté la radio para enterarme de las noticias del mundo y del estado del tiempo. Un locutor de la emisora local proclamaba a los cuatro vientos que los veraneantes de la costa del Maine, estaban de suerte aquel año. ¡Un sol radiante bañaba todas las playas de la costa atlántica, excepto puntos muy localizados y dispersos!

Yo debía de ser uno de aquéllos.

Decidí ganarme el suelo que me pagaban dando un vistazo a las instalaciones, así que recorrí todas las instalaciones de mi «hogar» comprobando que todo funcionaba bien. Dados mis escasos conocimientos sobre faros, para que algo fuera mal, debería de estar

arrojando humo como si se tratara de un incendio forestal.

Encontré todo en perfecto estado y, para no entumecerme, decidí hacer un poco de deporte.

Me puse unas prendas frescas y bajé los mil y un escalones. Una vez en la roca, hice un poco de *footing*-turístico, es decir: me dediqué a explorar el islote en el que me hallaba.

La costa Norte estaba formada por unos impresionantes acantilados cortados a pico sobre el mar. Allí no había calas, ni playas, ni nada que se le pareciera. La zona del mar más próximo a los farallones estaba profundamente poblada de rocas y peñascos que emergían entre el agua y que quedaban bañados por la espuma de las olas al romper sobre ellas.

Bajé por el lado del Este, hacia el Sur, conforme descendía, la costa se iba haciendo menos escarpada, y aparecían algunas calas, no demasiado protegidas por las rocas. Por fin, en el centro simétrico del Sur, se hallaba la playa donde Harry me había desembarcado. La costa Oeste era similar a la Este, pero en sentido inverso.

Toda la isla tenía una forma de pera, con la base orientada hacia el Sur. Era completamente rocosa y carecía casi absolutamente de vegetación.

Mientras volvía hacia el faro, la tormenta comenzó a arreciar, cogiéndome en la gran explanada que rodeaba a la edificación. El cielo, (¡casi parecía imposible!), se había encapotado aún más. Las gotas de lluvia caían sobre mí con fuerza, impulsadas por el feroz viento que estaba soplando en aquellos momentos.

Pronto las escasas gotas se transformaron en un diluvio. Volví a la carrera hacia el faro, abrí la puerta y comencé a correr escaleras arriba.

Me hallaba completamente mojado, y en el interior del faro reinaba un frío de mil demonios. Así que, como tenía miedo de constiparme, subí a toda velocidad. Nada más llegar a mi «dormitorio», comencé a desnudarme rápidamente, deseando darme una ducha caliente, y ponerme ropa seca.

La lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales, produciendo un sordo murmullo de fondo.

¡¡¡FLASSHHH!!!

Un destello de luz me dejó ciego, mientras escuché una voz

femenina que me decía:

—¿Siempre recibe a las mujeres desnudándose apresuradamente?

—¿Quién demonios es usted? —repliqué todavía sin visión. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha llegado?

—Soy Stelle Petersen, periodista. He venido para hacer un reportaje sobre las cosas que están sucediendo en este faro. Y he llegado en la barca de Harry King.

—Harry... ¿Ha estado aquí? ¿Por qué se ha ido?

—Con el maldito vendaval de ahí fuera, no quería entretenerse demasiado tiempo...

Di por buena la respuesta, pero no me convenció. Harry estaba empeñado en venir a comprobar mi estado al día siguiente de «abandonarme» aquí. ¿Se iría sin asegurarse de que me encontraba bien?. ¿Dejaría una chica, sin haberse cerciorado de que todo estaba en orden?

Poco a poco mi vista se había ido recuperando del fogonazo y pude observar a mi interlocutora.

Si aquello era un fantasma... tendría que pedirle media docena a Santa Claus.

Debía de tener unos veintisiete años, esa edad en que las «jóvenes salvajes» ya se han desfogado y buscan más la calidad que la cantidad.

Se trataba de una escultura de un metro setenta, pelo rubio en media melena, ojos azules, labios gruesos y rojos... como Marilyn Monroe, pero en guapa. Creo que ustedes se pueden hacer una idea.

El cuerpo no lo pude observar porque lo llevaba enfundado en ropas paramilitares: pantalones de camuflaje, anchos y llenos de bolsillos; camisa de color «beige»; chaleco «caqui» con más bolsillos; botas de montaña. Por todo equipaje llevaba una bolsa de cuero colgada al hombro y dos máquinas de hacer fotos.

—Supongo que no pensará quedarse aquí... Sólo hay una cama y...

Observé que su vista estaba fija en un punto situado tres palmos debajo de mi barbilla.

Sonrió.

Yo me acordé de que estaba desnudo.

—Ahora que hemos sido presentados... —dijo lentamente,

girando su mirada hasta mis ojos y sonriendo con picardía—. Creo que el hecho de que sólo haya una cama no será un problema insalvable...

Bueno. Un aventurero se enfrenta a las situaciones más insospechadas, sin que se mueva ni un solo músculo de su rostro.

A mí tampoco se me movió ningún músculo... del rostro.

Si todo iba bien, esta noche le pediría a mi fantasma que me hiciera sus «juegos de luces», como si se tratase de la discoteca más cara de New York.

Pero, antes de la sesión de baile, quería hacer unas cuantas preguntas a la chica, y no me gusta estar desnudo en una situación así.

Me coloqué unos *jeans* y una T-shirt, le ofrecí café, y nos sentamos a la mesa.

—¿Cómo se le ha ocurrido hacer un reportaje sobre una cosa como ésta?

—Soy free-lance... —contestó sonriente—. Produzco mis reportajes y luego los vendo a donde creo que más les pueden interesar. El mes pasado he hecho un reportaje sobre las Islas Madeira para una revista de viajes, una entrevista con una escritora de novelas pornográficas para una revista de mujeres, un *dossier* sobre platos de salmón para una publicación de gastronomía, he localizado al hijo misionero de un importante y lujurioso actor de Hollywood...

—¿A quién puede interesarle un reportaje sobre este faro? —pregunté con malicia, ya que hasta ahora no había citado el nombre de una sola revista.

—Hay varias revistas: «Fenómenos Inexplicables» de Chicago, «Más allá de la Razón» de Miami, «Sucesos Malditos» de Los Ángeles... Aunque no se lo crea hay un montón de publicaciones dedicadas a estos temas, que tienen unas muy buenas tiradas y pagan espléndidamente a sus colaboradores.

No mentía. Yo conocía a todas aquellas revistas y algunas más.

Y, sin embargo, la presencia de aquella chica no resultaba natural. Había algo en ella que me hacía sospechar que no era tal y como me estaba contando.

El «Duende» del faro me seguía pareciendo algo anormal, muy poco espeluznante. He pasado por situaciones extrañas en mi vida,

pero en este caso, me atrevería a decir que había «gato encerrado»: Alguien con un pequeño equipo de radio a distancia podía hacer que yo oyera ruidos, que las luces se apagaran y encendieran contra mi voluntad. Además, esconder el equipo entre toda la parafernalia de instrumental electrónico que había en el faro, no era difícil.

—¿Qué crees que está sucediendo aquí? —le pregunté a bocajarro.

—No lo sé, pero espero descubrirlo. Si es algo «paranormal» lo venderé a alguna de las revistas que te he dicho, y si es algo más cotidiano, lo venderé a una revista de sucesos.

—¿Qué puede ser ese «algo más cotidiano»?

—Muchas cosas —me respondió ella, agitando el pelo y acariciándose con la mano—. Nunca se puede saber. Quizá alguien está interesado en que se cierre este faro para montar un Hotel. Todo Lujo, o una inmobiliaria quiere construir apartamentos veraniegos, o se trata de una herencia... A lo largo de mis reportajes he encontrado motivos muy extraños, disimulados con fenómenos paranormales...

Parecía como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Eso mismo es lo que yo había pensado. La única diferencia estribaba en que no me tragaba el cuento de que ella era periodista. ¡Stelle Petersen había sido enviada a vigilarme!

Mientras charlábamos, la lluvia había cesado, al igual que el viento. Un calor húmedo y bochornoso había caído sobre nosotros. El cielo, todavía poblado de nubes, nos encerraba junto al calor, convirtiendo aquella zona en un homo.

Mientras preparaba la comida, Stelle se quitó la ropa.

Cuando me giré, sólo llevaba encima una blusa verde, amplia y holgada que a duras penas le llegaba hasta el nacimiento de los muslos. ¡Vaya par de piernas! Sus pechos, de los que se podría decir cualquier cosa menos que eran pequeños, sostenían un escote amplio y generoso que permitió ver su ombligo cuando se agachó a recoger las botas de montaña.

Mis manos abandonaron la cocción de unas verduras congeladas, y se dirigieron hacia las dos jugosas frutas frescas de Stelle.

—¡Un momento, manos largas! Lo primero es el trabajo, tengo que aprovechar la poca luz que hay para sacar las fotos.

Mientras me sujetaba las muñecas me trazó el plan de la tarde.

Primero la acompañaría a tomar fotos, después tendría que contarle todo lo que sabía del «Duende del faro». Después... ¡Revolcón!

Era como una carrera, habría que saltar los obstáculos antes de llegar a la meta. ¡Pues se saltaban!

Cogí su «cassette» y le fui explicando todo lo que sabía, que era bastante poco, mientras ella tomaba las fotos.

Cuando ya llevaba disparados un par de carretes, la lluvia vino en mi ayuda.

Un auténtico ciclón tropical nos cayó encima, dejándonos mojados al máximo. La blusa de ella, empapada, se quedó completamente adherida a su cuerpo, lo que me permitió comprobar que no llevaba absolutamente nada de ropa interior.

La empujé hacia el faro, mientras mi mano la acariciaba por todas partes, para ayudarle a entrar en calor, ya que el frío había vuelto a hacer su aparición.

Subir por las empinadas escaleras del faro, con una chica como ella delante, es una experiencia de equilibrista. No hace falta que les explique que mis ojos no estaban fijos en los escalones de piedra, y mis zapatos, húmedos, resbalaron una y otra vez.

Stelle subía riéndose y escapándose de los ataques de mis manos.

—¡Estate quieto! Si caemos por estas escaleras, nos quedaremos sin ganas para nada.

Llegamos a mi «habitación» casi a la vez.

No sé si ella ganó la carrera o fui yo, porque mis manos estaban situadas precisamente en los dos puntos más avanzados de su anatomía.

Se deshizo de mi abrazo y se sacó la blusa.

—¡Quítate la ropa, cogerás frío! —me dijo, mientras se dirigía a la ducha.

—¡¡¡Frío!!! ¡¡¡Estoy como una estufa!!! —le respondí mientras la acompañaba.

Abrí el grifo con la mano izquierda, mientras la mano derecha le acariciaba las nalgas.

—¡¡¡AAAGGGGHHHHH!!! —chilló Stelle—. ¿No tienes agua caliente?

Verdaderamente aquel chorro helado era un antídoto contra la lujuria.

Salí, empapado, de la ducha, mientras murmuraba:

—Se habrá apagado el calentador... Ahora lo conecto.

No. El calentador funcionaba perfectamente. Todas las luces estaban encendidas... pero el agua salía fría.

Stelle me observaba desde detrás de la cortina, tiritando de frío.

—No sé lo que sucede... Todo está en orden... pero no sale agua caliente... —me disculpé.

—Estoy helada...

Sonreí a la vez que apartaba la colcha y la sábana de mi cama.

—Ven aquí. Yo te daré calor...

Salí de la ducha y vino a pequeños saltitos. La rodeé con una toalla y la sequé «intensa y profundamente».

El frío había hecho que sus pezones crecieran y se pusieran duros.

Y los tenía apoyados sobre mi pecho...

Apoyé mis labios en los suyos.

Abrió la boca, dejándome paso...

—

iiiS. O. S.!!!

iiiS. O. S.!!!

—gritó el aparato de radio—. Éste es un mensaje para cualquiera que nos escuche...

S. O. S.

Somos el «Rolling Star». S. O. S. Vamos a la deriva en las costas de la Isla de las Ballenas

S. O. S.

Temo que nos vamos a estrellar contra las rocas...

—¡Pues estréllate de una vez y calla! —grité furioso.

Pero no lo decía de verdad.

Solté a Stelle y me acerqué al aparato de radio.



## CAPÍTULO VI

Stelle llegó primero.

—Somos los guardianes del faro de la Isla de las Ballenas... —le gritó al micrófono, como si eso fuera a hacer que nos oyeran mejor —. ¿Cuál es su posición? Repito: ¿Cuál es su posición?

Rápidamente, la gente del barco nos dio todos los datos que necesitábamos. La periodista iba apuntándolo todo y me repetía los más importantes en voz alta: «Son tres». «Van en un yate» y, al fin, dijo:

—¡Vamos en su ayuda! Cambio y corto.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Aplaudirles desde la orilla, cuando caigan al agua? ¿Cómo te piensas que podemos rescatar a esa pobre gente?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo mientras se vestía apresuradamente sus ropas de guerrillero. Después tomó uno de los impermeables y se lo capuzó por la cabeza, mientras me decía—: ¡Vamos! No creo que esperen a naufragar a que nosotros estemos allí.

Bajó las escaleras a la carrera, mientras yo me colocaba otros *jeans*, otra T-Shirt, y otro impermeable. De seguir así el día, me iba a quedar sin mudas secas.

La alcancé cuando salía al exterior.

Siempre se ha dicho que el Infierno es un lugar con muchas llamas y mucho calor, pero el que escribió eso, es que no había conocido una tormenta como aquella.

Más que viento, huracán.

Más que gotas, balas de calibre 45.

Más que frío, un congelador industrial.

Más que oscuro, la nada.

Pues, a pesar de todo esto, Stelle comenzó a correr hacia la cala donde la había desembarcado Harry.

Cuando llegué junto a ella, había desatado la Zodiac destinada al socorro del guardián del faro, la tenía sobre el agua, se había montado en ella y la estaba poniendo en marcha.

Tosió un par de veces, antes de ponerse en funcionamiento.

Salté junto a ella: no podía hacer otra cosa.

\*\*\* DIVIDIR DE ACUERDO A SÍLABAS CON \*\*\*

El motor rugió a plena potencia, y salimos disparados hacia el exterior de la cala, a más velocidad de la que permiten en los circuitos de Fórmula 1.

Como si la oscuridad no tuviera secretos para ella, nada más abandonar el refugio de la cala, se zambulló en la noche, con la misma habilidad de un gato.

Ella guiaba la barca mientras yo, en la proa, aguzaba la vista en busca de algún rastro del barco o sus tripulantes.

La Zodiac saltaba sobre las olas como una tortilla volteando sobre la sartén, con la diferencia de que no daba la vuelta en el aire.

Si hubiera cenado algo, a estas horas estaría en el fondo del mar, pero como mi estómago se hallaba vacío, lo único que notaba era una especie de violentos puñetazos en el vientre.

Stelle, aunque aparentaba firmeza, no podía evitar que el verde fosforescente de su rostro delatara el penoso estado en que se hallaba.

El ruido de las olas embravecidas nos rodeaba impidiéndonos comunicarnos. Las rocas que sobresalían del agua comenzaron a hacerse frecuentes. Yo estaba más atento a ellas, que a buscar el yate.

—¡¡¡A estribor!!! —le grité la primera vez, con toda la potencia de mis pulmones—. ¡¡¡A estribor o nos la pegamos!!!

—¿Qué es eso?

—¡A la izquierda, imbécil!

—Si quieres que te entienda, habla en cristiano...

Stelle giró el mando a la izquierda... y la barca salió a la derecha.

—¡Al otro lado, coño, al otro lado! —grité viendo cómo nos precipitábamos sobre una roca asesina, que nos esperaba emboscada tras la espuma.

—¡A ver si te aclaras! —me respondió con aire de enfado.

—Escucha. En navegación no se dice derecha e izquierda, sino babor y estribor. Y cuando se dice estribor, se entiende que tiene que girar la barca, y no el motor. En las fuera-borda el movimiento es opuesto al que tú realizas con el mando, así que... ¡¡¡Mierda!!! ¡¡A la izquierda...!!! ¡¡¡Quiero decir a tu derecha!!! O sea que...

Nos habíamos hecho un lío, la barca se zarandeo de babor a estribor en un

zig-zag

diabólico. No sé cómo conseguimos escapar de aquella otra roca, sin quedarnos pinchados en ella, como una aceituna en un palillo.

A partir de aquel momento, dejé de gritarle instrucciones, y puesto de rodillas en la proa, sujetándome a la cuerda con los dientes, alzaba un brazo u otro indicándole el camino que deseaba que recorriese.

De vez en cuando, durante no más de una décima de segundo, levantaba la vista y oteaba entre la oscuridad en busca del yate perdido.

Navegar se había convertido en un imposible.

Salto en el vacío, cuando superábamos la cresta de una de aquellas gigantescas olas y quedábamos, durante unos segundos, colgando en el aire.

Bruscos movimientos en  
zig-zag.

Olas que caían, sin avisar, sobre nosotros, restándonos la visibilidad durante unos valiosos segundos en los que podíamos precipitarnos sobre otra roca a una velocidad de mil demonios.

Olas que nos embestían de costado haciendo que casi diéramos la vuelta...

Bebí más agua que cuando conseguí llegar a Tamanraset, después de tres días de angustiosa pérdida en el desierto del Sahara, buscando la salida.

Y, de pronto, lo vi frente a nosotros.

Se trataba de un yate de recreo bastante común.

Pero, cuando lo vi allí, a unos metros de mi cara, me pareció más grande que el Titanic. Pero en una situación igual de peligrosa.

En la proa, dos personas se esforzaban por indicar a alguien situado a sus espaldas, por donde debía de guiar el barco.

El yate, por increíble que parezca, se agitaba igual que nosotros, azotado por la tormenta. Pero su volumen y peso, le hacía parecer más seguro que nuestra ligera Zodiac.

—Ahora... subimos, los recatamos... y nos quedamos allí hasta que amaine la tormenta. —Le dije a Stelle en un rasgo de humor, para demostrarle que no tenía miedo.

—No —me respondió ella—. Los seguiremos y los auxiliaremos si zozobran.

Estaba claro que no tenía sentido del humor y que, además, estaba más loca de lo que parecía.

El barco se inclinaba peligrosamente hacia un lado y otro. Estaba intentando girar y ofrecía todo su costado a la violencia de la tempestad.

Una ola pareció que iba a tumbarlo, directamente encima nuestro.

Stelle, con un golpe de timón, esquivó la acometida del yate, distanciándonos unos metros de él.

Repentinamente, el barco se alzó, en la cresta de una ola, con la misma velocidad con la que despega un cohete a la luna.

No pude seguir su movimiento con los ojos, y tuve que levantar la cabeza.

El soplo de viento se apiadó de mí, y el yate, dando un giro sobre la cresta de la ola, cayó violentamente unos metros a estribor nuestro.

¡¡¡CRRAAACCCCKKKK!!! ¡¡¡BBBBZZZZ!!!

¡¡¡SPPLLLLLASSSSH HHH!!!

Había caído sobre una roca. La quilla se partió con la misma facilidad que un niño rompe una caja de cartón. Un chisporroteo eléctrico dio por terminada la vida de su equipo de radio. Por todas partes se partieron cristales, palos, barandillas...

—¡¡¡Buscalooooooooos!!! —me gritó Stelle entre el fragor de la tormenta.

No hacía falta que me lo dijera. Mis ojos se habían olvidado del peligro real de las rocas y recorrían frenéticamente la agitada superficie del agua, buscando algún signo de vida entre la espuma.

A pesar del líquido que había tragado, la boca se me había quedado seca. Los ojos se habían olvidado del escozor del agua salada y rastreaban el mar.

—Socorrooooo... —Oí débilmente unos metros más allá.

Le indiqué la dirección a Stelle que obedeció con celeridad.

Un hombre se estaba debatiendo sobre el agua, agitando desesperadamente los brazos para llamar nuestra atención.

Saqué medio cuerpo por la borda de la Zodiac. Casi podría decirse que estaba agarrándome a mi barca, con las puntas de los pies. Mis brazos estaban extendidos al máximo, y mis dedos se engarfiaban en busca de alguna parte del cuerpo de aquel hombre, para conseguir sacarlo del agua.

Por fin, pude aprisionarlo por la ropa. Lo atraje con fuerza hasta que mi mano derecha se cerró en su brazo y, de un empujón, lo subí a bordo.

—Mi esposa... mi esposa... —Fue lo único que dijo.

Se trataba de un tipo de unos cincuenta años, bien conservado, que iba «disfrazado de marino»: chaqueta azul, pantalón blanco, camisa blanca... seguro que una hora antes llevaba puesta una gorrita, con un timón bordado en oro, en su frontal. Se apoyó en la borda, y tosió escupiendo agua.

Stelle y yo, viendo que se hallaba bien, volvimos a nuestra inspección ocular.

—¡Allí! —gritó Stelle, señalando un punto a babor. Mientras lo decía hizo girar la embarcación hacia aquel punto.

El hombre, pues se trataba de un hombre, agitó los brazos para hacerse ver y comenzó a nadar hacia nosotros.

En unos pocos segundos nos encontramos. Le ayudé a subir, cosa que no necesitaba. También vestía pantalón blanco y una T-shirt a franjas azules y blancas, bajo el que se adivinaba una poderosa musculatura.

Se colocó al lado de Stelle y con un escueto: «Déjeme a mí», se hizo con el mando de nuestra Zodiac.

La hizo girar en sentido inverso al que habíamos tomado nosotros y sin apartar la vista de la oscuridad, fue guiando la barca hacia las rocas, esquivando los salientes con notable habilidad.

Repentinamente, dio un grito, e hizo girar la barca en redondo, provocando que todos cayéramos en revuelta confusión.

Una mujer se afanaba por conservarse a flote.

Yo era el que estaba más próximo. En un alarde de locura de los que me han hecho famoso, me lancé al agua, hacia ella.

Su cara quedaba frecuentemente oculta por las olas, cuando no se sumergía. Al llegar junto a ella, no vi más que la superficie del mar: se había hundido bajo el agua.

Cogí aire y me zambullí. Mis manos buscaron afanosamente en el agua sin luz, hasta que los dedos tropezaron con lo que podía ser un mechón de sus cabellos.

Los agarré con fuerza y volví a la superficie. Una vez que mis pulmones se llenaron de aire, alcé mi mano, y pude comprobar que, efectivamente, era ella.

El marinero había traído la barca junto a nosotros, y Stelle nos ayudó a subir.

El marido, solícito, se acercó a ella y la abrazó, pero los ojos de la mujer permanecieron fijos en el marino que desde el timón del barco, le lanzó una sonrisa.

Stelle y yo no pudimos reprimir una sonrisa de complicidad.

¡Aquí había lío!

## CAPÍTULO VII

Si había cinco personas a bordo, la barca no era demasiado amplia. Así que tuvimos que colocarnos como buenamente pudimos: como las piezas de un *puzzle*.

Aprovechando nuestros movimientos, el marino se colocó junto a la señora, dejando el timón, nuevamente, en manos de Stelle.

La mujer que habíamos rescatado parecía tener unos cuarenta años. Pero se conservaba como una chica de veinticinco gracias a la profesionalidad de unos cuantos cirujanos plásticos. Era lo que se llamaba una «madura apetitosa». Tenía el pelo negro, cortado a media melena, y un tipo que hubiera hecho palidecer de envidia a más de una jovencita de las que se pasean por las playas de Ipanema.

Llevaba puesto un pequeño bikini color amarillo que resaltaba el bronceado de su piel. Su cabeza reposaba sobre el hombro de su marido... mientras su mano derecha estaba caída, distraídamente, sobre uno de los muslos del marinero.

Stelle y yo volvimos a intercambiar miradas de complicidad.

La tempestad no había cesado ni un solo instante. Nuestros «huéspedes» tenían la cara de satisfacción de quien ha logrado huir del infierno, pero ni Stelle ni yo estábamos convencidos de que su situación hubiera mejorado mucho.

A mi compañera le costó mucho esfuerzo conseguir guiar la Zodiac hasta la embocadura de nuestra cala. Una vez allí, ayudamos a desembarcar a los naufragos y protegimos la barca, adentrándola en la arena.

—Tengo que agradecerles... —comenzó a decir el esposo.

—¡Después! —le corté bruscamente, mientras comenzaba a subir escaleras, ansioso por volver a mi «hogar».

El viento nos azotó con fuerza una vez hubimos llegado a lo alto de las rocas.

Stelle, que no sé de dónde sacaba fuerzas, corrió por las escaleras del faro y cuando llegamos a nuestra habitación, ya estaba preparando agua para hacer café.

Los tres náufragos se derrumbaron sobre mi cama, dejándola completamente empapada de agua.

Mientras Stelle terminaba de preparar el café el marido comenzó a hablar. Lo hizo con esa voz sin entonación, propia de una persona que acaba de volver de una experiencia demasiado fuerte para ella.

—Soy Roland F. Gilbert, propietario de «Gilbert Enterprises» y del «Rolling Star» —comenzó diciendo.

Lo que acababa de anunciarnos era lo mismo que decir: «Valgo un montón de millones de dólares». Gilbert Enterprises es un conglomerado de empresas que tiene metidos sus tentáculos en todo lo que pueda dar un dólar de beneficio: prensa, cine, distribución de petróleo, grandes almacenes, cadenas de hamburgueserías, agencias de viajes, hoteles, cadenas de TV, alimentos congelados...

—Estábamos haciendo un crucero de placer cuando nos sorprendió la tormenta —prosiguió diciendo—. Este hombre, Jeff, no ha sabido guiar nuestro barco y nos ha traído directamente al corazón de la tormenta. Me dijeron que era un experto marino pero...

«Este hombre Jeff» era el marinero de aspecto profesional.

La esposa del millonario saltó como una tigresa defendiendo a sus cachorros.

—¡No sigas metiéndote con el pobre Jeff! ¡Le acusas de todo lo malo que nos ocurre!

Roland Gilbert sonrió cínicamente, y añadió:

—Fue él quien se olvidó de subir agua potable en Providence, y quien nos hizo perder la Zodiac salvavidas por no amarrarla bien, además de perder la carta de navegación, emborracharse cuando debía de estar de guardia...

—¡No puede hacerlo todo! ¡Es un solo hombre! —protestó la mujer.

—Escucha, Joan —le dijo su marido poniéndose en pie y señalándola amenazadoramente con el dedo—. Cuando quise contratar tres marineros, él me dijo que se bastaba y sobraba para



manejar el «Rolling Star». ¡Y tú le diste la razón!

—No sabía que estabas tan loco, como para traernos directamente al corazón de una tormenta.

—¿¿¿YOOOO???—

La discusión se estaba acalorando. El marinero los contemplaba con gesto inexpresivo.

Stelle me miró directamente a los ojos. Comprendí su mensaje: «¡Vaya por Dios! Nos hemos quedado encerrados con dos histéricos y un gigoló».

—¿¿¿YOOO??? —seguía protestando el millonario con gesto incrédulo—. Fue este imbécil el que se confundió.

—¡No insultes a Jeff! —le cortó Joan poniéndose, también, de pie.

—Le pago y en billetes de curso legal. Por tanto, puedo exigir que cumpla con sus obligaciones.

—¡¡¡Estás celoso!!!

La frase inoportuna acababa de ser dicha.

—No, Joan, no. No tengo nada que envidiarle a él. Ni su inteligencia, ni su dinero, ni su incultura...

—¡Difícilmente se puede estar celoso de una «cosa» como él! —dijo con desprecio.

—¿Cosa? —replicó su mujer—. ¡Ya te gustaría a ti tener una cosa como la de él!

Un silencio se hizo en mi habitación.

El millonario miró a su esposa con la boca abierta. Luego giró su cabeza hasta Jeff.

—Vosotros... ¿Vosotros...?

No terminó la frase.

La mujer no había tenido la prudencia de llevarse la mano a la boca y decir aquello de: «Lo siento. Yo no quería...».

Más bien al contrario, seguía añadiendo leña a la hoguera.

—Él es joven, guapo, fuerte...

Como si le hubieran dado cuerda, el marinero se levantó y sacó el pecho. Con las manos en los bolsillos seguía atentamente la conversación. Sus labios estaban curvados en una sonrisa cínica, como si la conversación no fuera con él.

—Es una mierda —comenzó a gritar el millonario fuera de sí—. Un fracasado que tiene que trabajar de marinero y que ni siquiera

sabe dónde está la proa de un barco.

La mano de la esposa se estrelló sonoramente, contra la cara del millonario.

Éste, sin esperar un segundo, clavó su puño en el estómago de la mujer que se arqueó de dolor.

Vi como el marinero saltaba hacia él.

Vi como llevaba un revólver en la mano.

Vi como su dedo se curvaba en el gatillo.

Vi como se disponía a matar a Roland F. Gilbert.

Y, entonces, intervine.

En situaciones como ésta lo peor que se puede hacer es interponerse entre el revólver y su blanco.

Fue lo que hice, ya que no tenía otra opción.

Mi mano izquierda saltó hacia la muñeca de Jeff, mientras con la derecha intentaba empujarle.

El primer tiro rompió el cristal de un «ojo de buey».

—¡Lárgate! —le grité a Stelle.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo la chica, pegada a la pared, se acercaba hasta las escaleras.

Por el centro del ojo pude ver cómo el inmenso puño de Jeff venía hacia mí.

Ya no vi nada más, por aquel ojo, durante un buen rato.

A ciegas, lancé una patada a la entrepierna del marinero.

Desde la cama me llegaban los entrecortados gritos y quejidos de los esposos que debían de estar dándose una buena paliza.

La esposa del millonario tenía razón. Jeff era joven, era guapo y, sobre todo, era fuerte.

Me dio un golpe con el canto de la mano, en las costillas que me hizo caer al suelo, como un saco.

Su bota avanzó hacia mi boca a toda velocidad.

Una cosa he aprendido en esta vida: si un golpe no te deja sin sentido, no pierdas el tiempo en quejarte y gritar. Emplea tus fuerzas en parar el próximo.

Saqué fuerzas de no sé dónde, me giré, la atrapé en el aire, y la retorcí.

Jeff perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Salté sobre él convertido en un molino de puños.

Mientras con la mano izquierda le sujetaba la pistola, comencé a

golpearle con saña con la derecha. Los primeros puñetazos fueron directamente al mentón.

Su cabeza rebotó varias veces sobre la piedra, pero no profirió ni un solo gemido: debíamos de haber ido a la misma escuela de la vida.

Antes de que hubiera conseguido dejarlo K. O., él me acertó en la boca del estómago con un puñetazo similar al que puede dar un campeón del mundo de los pesos pesados.

Volé como Superman.

... Y aterricé como el Pato Donald: un pie sobre la cocina, el otro bajo la mesa, la mano derecha en el codo, la izquierda entre un montón de objetos en el que se encontraba la cafetera, azúcar, un paquete de frijoles, sal, aceite, botellas de cerveza...

La cabeza no sé dónde estaba.

Recordé mi enseñanza de la vida y luché por no perder el conocimiento. Mientras lo intentaba, y por pura precaución, alcé las piernas.

Gracias a eso, el corpachón de Jeff se estrelló contra las suelas de mis zapatos.

Me limité a dejar que doblara mis rodillas, y luego las estiré con fuerza.

El voló como un globo deshinchándose.

Aproveché aquellos segundos para dar un vistazo en torno mío, y averiguar cómo estaba la situación.

Stelle había desaparecido.

El matrimonio se estaba zurrando «a base de bien». Los dos. Era una pelea de esas que no se sabe quién va a ganar. Como diría un técnico: «los púgiles estaban muy igualados».

Jeff comenzaba a incorporarse y buscaba la pistola que había perdido en el vuelo.

Le llené los ojos de estrellas, gracias a un certero zapatazo en la parte superior de la nariz.

Se trata de uno de esos golpes que, aun dejándote con sentido, te obligan a perder un poco de tiempo dando unos gritos: la excepción a la regla de oro de la vida.

Tiempo precioso que aproveché en darle un gancho de derechas, una patada en el plexo solar, otra en el cuello.

... y en lanzarme sobre la pistola.

, Estaba al lado de una de las patas de la cama.

Salté hacia ella como un jugador de *rugby* que se dispone a hacer un placaje.

Mis dedos se cerraron en torno a la culata, aprisionándola.

Un pie cayó sobre mis dedos, estrujándolos, y obligándome a soltarla...

Antes de que pudiera darme cuenta, otra mano se apoderó de ella.

¡¡¡BANGGG!!!

Jeff salió disparado contra la pared.

Una mancha roja comenzó a decorar su pecho. ¡¡¡BANGGG!!!

Joan, que había perdido la parte superior del bikini en la pelea, y que lucía un espléndido

*top-less*

, cayó hacia atrás. Su pecho izquierdo nunca sería igual que antes de recibir el disparo.

¡¡¡BANGGG!!!

Su bonita cara, sus ojos vivos, sus labios gruesos y carnosos, tampoco.

Esto no había cirujano que lo arreglara. Quizá un buen embalsamador...

Me volví hacia el millonario.

Me estaba mirando fijamente. Y me apuntaba con el revólver.

—Ahora te toca a ti.

No quise discutir con él, ni aclararle que yo estaba de su parte.

Simplemente me lancé escaleras abajo.

Y rodé, rodé, rodé.

## CAPÍTULO VIII

Oí un disparo a mis espaldas, mientras mis costillas iban comprobando que cada uno de los escalones tenía su propio borde, igual de duro que el siguiente.

Cuando llegué al suelo, me levanté tambaleándome como un borracho en el momento álgido de su embriaguez. También me daba vueltas la cabeza, veía doble, sentía náuseas... y me dolía todo el cuerpo.

Pero todo esto se olvidó cuando oí los pasos de Roland F. Gilbert bajando por las escaleras a buena velocidad.

—¡No escaparás! —repetía monótonamente una y otra vez—. ¡No escaparás!

Salí corriendo al exterior mientras me pareció oír cómo él se entretenía abriendo un armario empotrado que se hallaba a mitad de la escalera.

Nada más salir al exterior, el viento me azotó con rabia la cara. Mil pequeñas gotas de lluvia se clavaron en mi rostro.

La tormenta se hallaba en todo su esplendor.

La noche se iluminaba en algún momento, con la veloz y cegadora luz de un rayo.

Poco después se escuchaba el trueno profundo y grave.

\*\*\* DIVIDIR DE ACUERDO A SÍLABAS CON \*\*\* —grité con todas mis fuerzas.

Dudo mucho que se me consiguiera oír a más de diez metros, pero insistí:

\*\*\* DIVIDIR DE ACUERDO A SÍLABAS CON \*\*\*

El fragor de la tormenta convertía mis gritos desesperados en un pequeño murmullo.

Un rayo de luz iluminó la zona donde me hallaba.

El millonario acaba de abrir la puerta del faro y se lanzaba en mi persecución.

No sé de dónde demonios habría sacado aquel equipo, pero parecía una fotocopia de «Rambo»: llevaba una metralleta en las manos. Su torso estaba cruzado por unos correaes a los que estaban sujetas unas bombas de mano y varios cargadores de munición para la metralleta.

iiiR

AT-A-T

AT-T

AT-T

AT-T

AT!!!

Una mortal raya, realizada por los disparos de Roland, se dibujó a unos metros de mis pies.

¡Maldita sea! ¡Aquella isla no tenía fantasmas! Lo que tenía era la más grande colección de locos reunida fuera de un manicomio.

Di un salto hacia mi izquierda y corrí hasta las rocas más próximas.

Las balas me siguieron como amantes traicionadas.

El millonario, a pesar de su edad, era muy ágil: salió tras de mí, en una veloz carrera. Como si sus ojos pudieran ver en la noche, saltaba y esquivaba todos los obstáculos con una sorprendente facilidad. Sus pies nunca tropezaban, ni se apoyaban mal, ni daban un paso en falso.

En pocos segundos se había situado cerca de mí.

Seguí corriendo hacia las rocas más cercanas al acantilado.

Conforme me iba acercando al mar, el rugido de éste se hacía más penetrante: era como si las olas se estrellasen dentro de mi cerebro.

Había conseguido llegar a una zona oscura donde Roland no podía contar con la ayuda de la luz del faro.

La oscuridad era dueña y señora de toda aquella zona.

Hasta a mí se me hacía difícil poder ver dónde apoyaba los pies.

Las rocas estaban mojadas y se habían convertido en una superficie resbaladiza, pero yo no podía perder ni un segundo en mi huida.

Mi pie resbaló, y caí.

Una roca se clavó profundamente en mis riñones.

Me mordí los labios para no lanzar un grito que revelase mi posición, mientras mis dedos intentaban agarrarse a algún saliente.

Conseguí frenar mi caída a pocos metros del borde del acantilado.

Un sudor frío me invadía todo el cuerpo.

Los sonidos de la entrecortada respiración de Gilbert, me indicaron que se hallaba mucho más cerca de lo que yo había imaginado.

Levantándome con mil esfuerzos, me alejé del precipicio y avancé a lo largo de la costa.

Esta vez sí que sacrifiqué la velocidad ante la prudencia. Mis pies escasamente se separaban del suelo.

Al apartar la mano de mis riñones, la descubrí manchada de sangre.

—¡Me había herido en la caída!

¡¡¡BR A AA A AMMMMMM!!!

Un rayo iluminó la zona donde me hallaba.

Vi cómo Roland se giraba en redondo en una millonésima de segundo, intentando localizarme.

Sus ojos, inyectados en sangre, se cruzaron con los míos en una fracción de segundo.

Las balas volvieron a silbar a mí alrededor.

Olvidándome de mi estado físico, me arrojé al suelo y rodé sobre mí mismo, arrancando a cada músculo una buena colección de dolores.

\*\*\* DIVIDIR DE ACUERDO A SÍLABAS CON \*\*\*

Una bomba de mano estalló unos metros delante mío.

Esquirlas de roca me golpearon el rostro y todo el cuerpo, dejándome momentáneamente aturdido.

Las balas intentaron rematar la acción de la bomba de mano.

No había prudencia en lo que hice a continuación.

Salí corriendo o, mejor dicho, botando.

Caí y me levanté cien veces.

Me golpeé cien veces más.

Todo con tal de huir de aquel hombre poseído por el diablo.

Cuando me detuve unos instantes para recuperar el aliento, escuché atentamente.

No se oía a mi perseguidor, pero yo no sabía ni remotamente dónde me hallaba.

Podía estar a unos metros del mayor precipicio, o en el centro del islote. Lo único que sabía es que no alcanzaba a ver la luz de la puerta del faro.

Aquella desorientación no me gustaba absolutamente nada. Y, sin embargo, era mi mejor aliada.

Me serené, después de mi enloquecida huida y examiné la situación.

No tenía ninguna posibilidad de seguir huyendo.

Lo único que podía salvarme era esperar a que llegara el día, sí es que salía el sol, y confiar en poder tenderle una trampa a Roland.

No iba a ser fácil enfrentarse a un hombre tan armado como él, pero no tenía otra opción.

Y para esperar la llegada del día lo mejor era encontrar algún refugio en el que pasar lo que quedaba de noche, y descansar.

Mi reloj se había destrozado en alguno de los golpes y era incapaz de saber la hora en que estábamos.

El mechero, húmedo por alguna caída en un charco, no podía ayudar a ver mí alrededor.

Tanteando el suelo, comencé a avanzar procurando no hacer ningún ruido que me denunciase.

¿Y Stelle? ¿Dónde estaría la chica? Eran dos preguntas que no podría contestarme.

El rugido de las olas, me indicó que me acercaba al acantilado. La noche era tremendamente oscura. Nunca había visto otra igual.

Mi escaso sentido de la orientación parecía indicarme que me hallaba en la costa oeste del islote.

Repentinamente mi mano no encontró ninguna roca que palpar y el ruido de las olas me golpeó los oídos.

Di marcha atrás y avancé en dirección al interior.

Recorrí unos pocos metros antes de encontrar unas rocas que encerraban una pequeña depresión del terreno.

Aquél era el sitio ideal para guarecerse y esperar la llegada del día.

Estaba empapado de agua, me dolía todo el cuerpo, tenía frío y hambre... pero estaba completamente decidido a aguantar.

Si alguien hubiera podido ver mis ojos hubiera creído que estaba



tan loco como Roland.

Me hice un ovillo, abrazándome las piernas con los brazos. Hundí la cabeza entre las rodillas, olvidándome del dolor del riñón, y me dispuse a recuperar fuerzas para la agotadora jornada que me esperaba al día siguiente.

¡¡¡FFFSSSSHHHHH!!!

La luz se hizo ante mí.

Una cerilla cayó a mis pies, sobre un trozo milagrosamente seco de roca.

Me giré intentando aprovechar aquellos escasos instantes de luz, para averiguar quién la había dejado caer.

Era Roland.

Sonreía desde lo alto de la roca, y me apuntaba con su ametralladora apoyada en la cadera.

Lancé una patada, con la misma desesperación que un condenado a muerte pide su último deseo.

Alancé al millonario en la rodilla.

Se tambaleó unos instantes, y cayó de espaldas, mientras la noche se iluminaba con una ráfaga de disparos de su arma.

El cuerpo había caído tras de la roca. Pero no me entretuve en averiguar si estaba lesionado o era capaz de seguir su partida de caza.

Corrí nuevamente. Y cometí el error de hacerlo hacia el acantilado.

Los pasos de Roland resonaron a mis espaldas.

Llegué al borde del precipicio, angustiosamente mis manos comprobaron la resistencia de las rocas.

Quería huir a toda costa y mi cerebro enloquecido sólo me daba una salida: descolgarme por el acantilado.

Huir por donde no se atreviera a seguirme el millonario.

Me agarré con fuerza a las piedras, y dejé que mi cuerpo resbalara hacia el vacío.

Desde el fondo me llegaba el violento entrechocar de las olas.

El viento me zarandeaba como si fuera una bandera de fina tela.

Una y otra vez, me golpeé contra las piedras.

Alguna ola... ¿Pero cómo podía ser eso...? ¡Estaba a mucha altura! Alguna ola me golpeaba las piernas, salpicándome todo el cuerpo.

Parecía increíble. Donde yo me hallaba debía de haber un montón de metros hasta el mar.

El agua me golpeaba los tobillos, los lamía con suavidad...

Parecía como si se hubieran convertido en unos tentáculos de pulpo que se ceñían a mis piernas, que se enrollaban en ellas, que me apresaban y, luego, estiraban de mí hacia el fondo.

Y entonces se encendió, nuevamente, la luz.

Roland F. Gilbert mantuvo la cerilla a la altura de su pecho.

Su rostro, iluminado desde abajo, parecía el del peor monstruo de los cómics de terror.

Arrojó la cerilla al agua, pasándola por encima de mi cabeza.

¡¡CLICK!!

Quitó el cargador a su metralleta.

¡CLAK!

Puso uno nuevo.

¡¡FFSSHHH!!!

Encendió otra cerilla.

Se había arrodillado, y su cara se hallaba muy cerca del borde.

Apagó la cerilla y oí cómo montaba su arma.

¡¡SCLANKK!!

Me despedí del mundo.

## CAPÍTULO IX

¡¡¡SHHAKKK!!!

No. No era el ruido de un disparo. Aquello sonó como un trallazo descargado sobre el lomo de un animal de carga.

—¡Maldita perra! —Oí la voz de Roland.

¡¡¡CRACKKK!!!

—¡Te mataré a ti primero!

Era Stelle. No podía ser otra.

Actué por pura intuición adivinando que el millonario no estaría apuntándome.

Me aupé a las rocas, mientras me mordía los labios para que una colección de gemidos no delataran mi actuación.

Una vez arriba, vi como Stelle corría huyendo de Roland. Ambos saltaban entre las rocas, como dos vehículos de *moto-cross* enloquecidos.

Un resplandor aparecido entre unas nubes daba un tétrico tono a toda la escena.

Yo me uní a la carrera intentando devolver el favor a la chica.

Rápidamente nos encontramos sobre la meseta en que se había edificado el faro. La chica corría hacia él, mientras el millonario apoyaba su ametralladora en el costado.

Se veía muy claramente que la intención de Stelle era la de atrincherarse allí dentro y esperar acontecimientos, o pedir ayuda.

Pero el millonario lo vio.

Curvó su dedo sobre el gatillo y un puñado de escupitajos de plomo incandescente crearon una frontera entre la chica y el faro.

Stelle, sin detenerse, pivotó sobre su pie izquierdo y corrió en busca del refugio que podían darle las rocas.

El millonario la siguió.

Yo iba perdiendo terreno, ya que mis músculos no estaban «a punto» para una competición de «*cross-country*» de aquella categoría. Además mi riñón protestaba de una forma muy elocuente.

Desaparecieron de mi vista, detrás de unas rocas.

Si yo no podía alcanzarlos, tenía que encontrar una manera de «parar» al millonario a distancia...

Encaminé mi torpe carrera hacia el faro y entré en él.

Allí estaba el armario empotrado abierto.

Por el suelo aún quedaban algunas armas que Gilbert no había juzgado oportuno cargar con ellas, pero que a mí, me servirían a las mil maravillas.

Elegí una escopeta de caza (¿Qué haría allí un rifle como aquél?) un

«Holland & Holland

375» de los que se usan para derribar los gigantescos bueyes lanudos del Ártico.

Me aprovisioné de munición y salí dispuesto a unirme a la partida de caza.

La luna se había ocultado tras las nubes, y la oscuridad volvía a ser dueña y señora de la isla.

Me guié por los gritos de furor que iba desgranando el millonario, como si fuera una letanía profana: desde negaciones del buen nombre de la madre de Stelle, hasta las mayores atrocidades que se pueden hacer a una chica. El millonario tenía un extenso repertorio de ideas a realizar junto con Stelle.

Igual que yo, pero de otro estilo.

Aunque con precaución, mis músculos iban entrando en calor y podía permitirme el lujo de correr más rápido y menos cuidadosamente.

Bueno, no sé si era el mejor estado de los músculos, o la confianza que me proporcionaba el

«Holland & Holland

375».

Las maldiciones del millonario, venían subrayadas por grititos de Stelle, que debía de estar bastante apurada, para delatar su posición de manera tan clara.

Apresuré mi carrera.

—AAAAGGGGHHHH. ¡Cuando te cojaa...!

Era Rolando el que había gemido. Por si esto fuera poco, una risita de Stelle subrayó la frase.

Me reconfortó saber que la chica estaba todavía en condiciones de tender una trampa a aquel viejo cornudo vengativo.

Me reconfortó aún más el hecho de saber que el peso de la victoria no recaía únicamente sobre mis hombros.

Y, bruscamente, dejé de oírlos a ambos.

Me paré y giré la cabeza en todas las direcciones intentando escuchar alguna voz, algún susurro, algún roce de una bota contra una piedra, algo... que me indicara dónde estaban.

Pero no escuché nada.

O bien se hallaban tras alguna roca que impedía escucharles, o bien ambos habían callado preparándose para el asalto final, el decisivo.

Reinicié mi caminata con paso lento y procurando no hacer ningún ruido.

La tormenta de agua había cesado, sólo algún rayo iluminaba fugazmente el islote.

También el viento, como por obra de magia, había desaparecido y no se oía más que el murmullo lejano de las olas contra las rocas.

Las nubes se iban espaciando y, aunque la luna no nos iluminaba directamente, la isla comenzaba a clarearse.

Busqué a Stelle y al millonario con la vista.

El repentino silencio me había inquietado, como si presintiera la muerte de la chica y, abandonando toda precaución, comencé a correr desesperadamente.

Y a gritar:

—¡Stelle! ¡Stelle, por todos los diablos, contéstame!

Nada.

Y entonces los vi.

Ella estaba encaramada en lo alto de una roca, defendiéndose únicamente con un látigo que no podía imaginar dónde habría conseguido.

El estaba unos cinco metros más abajo, sonriendo mientras le apuntaba con su ametralladora.

—¡¡NOOOOO!!! —grité yo, corriendo hacia ellos.

El millonario giró la cabeza y me vio.

Sonrió, tomó una de sus granadas y se la llevó a la boca.

Yo me hallaba lo suficientemente lejos como para no poder hacer nada.

Pero, pese a esto, seguí corriendo como un loco.

Disparé, y volví a disparar a lo loco.

Roland rió, y su risa retumbó entre las rocas, como las carcajadas de los malos de las películas de «suspense», de las malas películas de «suspense».

Lentamente, sin apartar sus ojos de mí, separó la mano de su boca.

La anilla de la granada brilló entre sus dientes.

Alzó la bomba de mano por encima de su cabeza.

Y me la arrojó a mí.

Sólo tuve tiempo de correr hacia ella, abandonando mi  
«Holland & Holland  
375».

Salte como un loco. Mi mano se situó entre la bomba y las rocas un segundo antes de que entrara en contacto.

Mis dedos se cerraron sobre aquel cuerpo helado, a punto de incendiarse de muerte.

Giré, con gran dolor en los riñones y, tomando impulso, la arrojé por el acantilado.

Explotó unos segundos después, con un ruido sordo y maligno, como si hubiera asesinado al mar.

Yo había perdido la posibilidad de salvar a Stelle. Ahora todo estaba en sus manos.

Fui un testigo mudo, pero no silencioso.

El millonario armó su metralleta, llevó la mano hasta el gatillo y lo oprimió.

Un surco de fuego surgió de su cañón.

La chica saltó hacia atrás.

Se elevó unos instantes por el aire, mientras comenzaba a salpicar sangre en todas direcciones.

Roland no cesaba de disparar sobre ella, como lo hacían los vaqueros sobre las latas vacías, impidiéndolas caer al suelo.

De repente, en medio de un terrible grito, el cuerpo de la chica se partió en dos, a la altura de la cintura, y ambas partes cayeron desmadejadamente por detrás de las rocas.

Yo también grité. ¡Y de qué manera!

Roland sonriendo ferozmente se giró hacia mí, sin dejar de oprimir el gatillo.

Las balas fueron trazando su recorrido sobre las rocas.

Yo corrí en dirección de mi rifle, dispuesto a vengar a la chica.

Oí las balas silbando muy cerca de mí.

¡Demasiado cerca!

Pero no les hice ningún caso.

Sólo pensaba en llegar cuanto antes junto al terrible fusil, o morir en el intento.

No hice ninguna de esas cosas que recomiendan en los «Manuales de Supervivencia»: ni encogí la cabeza entre los hombros, ni corrí en

zig-zag,

ni salté buscando la protección de las rocas...

Sólo corrí. Corrí como un loco buscando la muerte.

Aterricé junto al

«Holland & Holland

375» y no me agaché a recogerlo.

Sin saber cómo lo encontré entre mis manos, y me giré hacia el millonario.

Se había subido a la roca donde antes había estado la chica.

Sonreía y seguía disparando ante mí, a mis pies, invitándome a bailar una polca mortal.

Pero yo nunca he sido Fred Astaire, ni nada parecido.

Avancé hacia él, siendo consciente de que mi enemigo no quería alcanzarme, de que sólo estaba jugando conmigo.

Yo sabía que, desde donde me hallaba, podía alcanzarle con mi arma, pero quería estar seguro.

A pesar de que él podía matarme, yo estaba jugando con mi superioridad sobre él.

¡¡¡YO SABÍA QUE IBA A MATARLE A ÉL!!!

¡¡¡Y EL TAMBIÉN!!!

Y aquello me daba fuerzas.

Cuando estuve a los pies de la roca donde se hallaba el millonario oí cómo se quedaba sin munición.

No se asustó lo más mínimo.

Me miró desafiante y sonrió.

Monté mi rifle dejando que una bala entrase en la cámara.

Me escupió.

Yo me llevé el rifle a los hombros.

Se rió a grandes carcajadas.

Apunté a su corazón...

Y dudé.

Dudé. Nunca he matado a nadie a sangre fría, y mucho menos a un loco. Por unos instantes una voz interior me pidió que me detuviera, que no hiciera aquello que si disparaba era un asesino, que...

Con un horrible grito Roland F. Gilbert saltó de la roca y cayó hacia mí.

Fue algo instintivo.

Mi dedo se cerró sobre el gatillo, y una bala salió disparada hacia el cuerpo del millonario, hacia su corazón.

Pero el corazón no estaba desnudo.

Una granada de mano lo protegía...



## CAPÍTULO X

Estalló como un globo de feria lleno de confeti.

Primero se iluminó como un cohete de fiestas.

Se convirtió en una bola de fuego que bajaba hacia mí a toda velocidad.

Y sonriendo.

Después estalló.

Sus piernas y brazos salieron despedidos en todas direcciones.

La sangre salpicó todo como si el millonario fuera un macabro surtidor.

A resultas de la onda de la explosión yo caí al suelo y giré como una peonza.

Lo que llovió sobre mí no puede ser llamado de ninguna manera: ni restos, ni despojos, ni nada.

Sólo fue una ola de calor, un olor nauseabundo a carne chamuscada, un sabor a muerte, un...

Me levanté con la cabeza atontada.

No quedaban rastros de la última pelea.

Comenzó a llover, y los restos de la sangre de Stelle y del millonario fueron disolviéndose entre las gotas de agua, resbalando hacia los charcos, desbordándolos y cayendo al mar, en forma de un riachuelo levemente teñido de color púrpura.

Yo miré todo esto sin poder apartar los ojos.

Cuando recobré el dominio sobre mí mismo, el sol lucía en lo alto. Era de día.

Sin perder un minuto, me dirigí hacia el faro y subí hasta mi habitación.

No desperdicié un segundo en preparar comida, ni en avisar por radio a mi amigo Harry King. Sólo engullí un par de porciones de

chocolate, recogí mis pertenencias y, caminando como un zombi, descendí las escaleras y dejé que mis pies me llevaran hasta la cala donde habíamos dejado la Zodiac de emergencia.

La arrastré hasta el mar, comprobé que estaba en buen estado, me monté en ella, la puse en marcha y me dirigí hacia Mortonville.

Lo primero que tenía que hacer era hablar con Harry King, y después presentarme a la policía y contarles de lo sucedido...

... aunque tendría que hacer algunos cambios.

Por ejemplo: que Roland se había lanzado sobre mí disparando, que yo no había podido avisar a nadie porque...

Una ola de agua fría me azotó el rostro, haciéndome estremecer.

Fue como si saliese de un sueño.

Me encontré al mando de la barca, evocando borrosamente todo lo sucedido después de la muerte del millonario.

Ni siquiera podía recordar en qué estado se hallaban los cadáveres cuando había subido al faro a recoger mis pertenencias.

No sabía el día que era, ni la hora...

A lo lejos vislumbé la barca de Harry que avanzaba hacia mí en línea recta.

Pocos minutos después pasaba a mi lado. Los ojos de Harry vigilaban atentamente a los míos, con preocupación, como intentando averiguar si me hallaba en «buen estado».

Le sonreí y le guiñé un ojo antes de que me llegara su voz.

—¿Todo bien? ¿Ningún problema?

Sin esperar respuesta, hizo girar la barca, describiendo un amplio círculo, para ponerse a mi altura, y repitió la pregunta.

—Problemas... sí, pero no de fantasmas —le respondí.

Dio un suspiro de alivio y se adelantó hacia el pueblo.

La cala estaba vacía. Aunque el sol brillaba en lo alto, un frío viento debía de haber desanimado a todos los que pretendían broncearse.

Cuando me acerqué a la playa, Harry comenzó a caminar dentro del agua y se acercó hasta mí.

Sus ojos seguían taladrándome, buscando algo oculto que revelase mi intención de guardar algún secreto.

Me ayudó a subir la barca sobre la arena.

—¿Quieres comer? Tienes muy mala cara... —me dijo.

Acepté su invitación, más por necesidad de un sitio tranquilo en

el que charlar, que por hambre.

Al llegar a su casa, la mujer me observó atentamente, sin pronunciar una palabra, apareció con una palangana, agua oxigenada, vendas... Frunció el ceño al ver la herida de mi riñón y la examinó atentamente.

—No es grave... es más aparatosa que peligrosa. Bien lavada y con una venda... Yo he sido enfermera... —dijo sin mirarme a los ojos ni una sola vez.

Cuando hubo terminado su trabajo, salió del cuarto después de dejar una camisa y unos pantalones de su marido en una silla.

Mi amigo colocó una taza de humeante café ante mí, y una bandeja con bizcocho recién elaborado por su esposa.

Me vestí, bebí un trago y comencé a hablar.

Hice un buen resumen. En cinco minutos le puse al corriente de todo lo sucedido: la chica, los náufragos, los asesinatos...

—Yo no envié a ninguna chica —me dijo gravemente, espionando alguna reacción en mí.

—No tiene importancia —le respondí—. Los periodistas inventan mil argucias para salirse con su objetivo.

—¿Quieres que vayamos, ya, a la Policía?

Asentí con la cabeza. Cogí mi bolsa y le seguí hasta mi coche.

—¿No piensas volver al faro? —me preguntó a la vez que señalaba la bolsa.

Sonreí amistosamente y dije:

—No me separo nunca de ella. Ya sabes que soy un aventurero, y donde menos te lo esperas salta una complicación... Quizá tenga que pasar alguna noche en la Comisaría...

Harry no respondió nada.

Sí. Era fácil que, mientras se aclaraban las cosas yo tuviera que pasar alguna noche como «huésped del Estado». Aunque confiaba en que sólo fuera eso.

El *Sheriff* del Condado se hallaba en un pueblo próximo, del interior. Era un hombre alto y musculoso, parapetado tras unas gafas de sol, que escasamente sonreía ni dejaba que ningún gesto asomara a su rostro.

Dio una palmada a Harry, escuchó lo que éste le contaba, y vino hacia mí.

—Así que usted es la única persona que ha conseguido salir bien

del faro. ¡Me alegro! No creo que necesitemos retenerle más que unas horas mientras le tomamos declaración. Esta noche podrá volver a su trabajo.

Nos llevó a su despacho.

Allí nos ofreció café y se repantingó en su sillón dispuesto a escuchar mi historia, mientras su mano, armada de un bolígrafo, reposaba de modo casual sobre un block de notas.

Fui contando mi historia con todo lujo de detalles, sin omitir ningún detalle, diciéndole que creía que las canciones, toses y luces eran obra de algún bromista.

Harry escuchaba mis palabras y asentía de vez en cuando.

Cuando llegué a la parte del salvamento de los naufragos, y le expliqué que todo aquello era una maldita casualidad de esas que contribuían a cimentar la «Mala Leyenda del Faro de la Isla de las Ballenas», el *sheriff* salió unos minutos y regresó con unos papeles.

Siguió escuchando atentamente hasta el final de mi relato.

Después, sin hacer ningún comentario sobre él, nos dijo:

—Es la hora de comer... ¿Aceptáis mi invitación?

Se notaba que era una deferencia hacia Harry. El aceptó, y yo también.

Durante la comida, servida en un establecimiento cercano a la Comisaría, no se habló de nada de lo sucedido. La conversación giró en torno a los malos resultados de la campaña turística, a la repercusión que eso tendría sobre la economía de alguno de los comerciantes de la zona...

Uno de sus ayudantes entró en el local y cuchicheó a su oído.

El *Sheriff* se levantó, pagó la cuenta y nos invitó a volver a la Comisaría. Una vez allí, nos guió hasta su despacho, cerró la puerta cuando los tres estuvimos dentro y, sentándose tras su mesa, me miró fijamente y dijo:

—Mientras comíamos, algunos de mis hombres han ido a la isla... y no han hallado ningún cadáver.

—Ya le dije que Stelle cayó al mar y que el millonario...

—Sí. Pero usted también contó que su esposa y el marinero estaban en el faro. Y allí no hay nada. Ni siquiera rastros de sangre. Describame nuevamente al matrimonio.

Lo hice lo mejor que pude, con todo lujo de detalles.

Sin decir ni una palabra, el *sheriff* sacó un par de fotografías y

las colocó ante mí.

Eran ellos. No cabía ninguna duda.

Cuando se lo dije, dio un suspiro y giró las fotos.

Allí, escrito a máquina había un texto que decía:

DESAPARECIDOS EN 1980 EN COLUMBA KEY (Florida).

—De esto hace varios años...

No supe qué decir. Miré al policía y a Harry. Ellos me miraron a mí.

Fue uno de los minutos más largos de mi vida.

El *sheriff*, que había tomado algunas notas durante mi declaración, las rompió. Se acercó a la puerta y la abrió.

—No hay caso —dijo mirando al suelo—. Sin cadáveres no hay homicidio... ni siquiera en defensa propia. Prefiero no haber escuchado nada.

Harry y yo salimos en silencio, mientras la puerta se cerraba a nuestras espaldas.

—¿Quieres volver al faro? —me preguntó Harry.

Negué con la cabeza.

—¿Quieres venir a mi casa, a descansar, unos días?

Volví a negar.

Harry King me tendió la mano.

—Que tengas suerte. No hace falta que me lleves a casa. Haré unos recados aquí y algún amigo me llevará de vuelta. Total sólo son unos kilómetros.

Estreché la mano que me tendía y le di una palmada en el hombro con mi mano libre.

Después monté en el coche y me dirigí a New York.

Estaba confuso, muy confuso.

En varias ocasiones me he tropezado con lo «desconocido», con lo «imposible», pero nunca de una forma tan cotidiana como esta vez.

¿Cómo podía ser que estuvieran muertos cuando se hallaban conmigo?

¡Eran reales!

¡En ningún momento había sentido que me enfrentaba con lo sobrenatural, con lo inhumano!

¿Y la periodista? ¿Había existido alguna vez? ¿En algún sitio había trabajado una chica llamada Stelle Petersen?

Apreté el acelerador y volví a New York a toda velocidad.

Una vez que me hallé en mi apartamento, cogí el listín de teléfonos y comencé a llamar a algunos conocidos que trabajaban en revistas de lo «sobrenatural».

A la tercera llamada conseguí un rastro de la chica. Había trabajado en «Rumbos Prohibidos».

—... hace dos meses. Pero... ¿No lo sabes? Falleció anoche. Se cayó desde la ventana de su apartamento, en un tercer piso. Su cuerpo tropezó con unos cables y se cortó por la mitad... Fue una cosa muy desagradable, todos los que la conocíamos estamos...

Colgué el teléfono y me fui al dormitorio.

Levanté la persiana, cogí los prismáticos y agachándome, di un vistazo al cuarto de mi vecina.

Nada. Debía de haber abandonado el piso.

Dentro no se veía ningún mueble. Sólo quedaban las paredes desnudas.

Al levantarme, sentí un tirón en los riñones. Entré en el baño, decidido a ver el estado de la herida, curármela si era necesario y descansar.

No había corte de ninguna clase.

La venda no tenía ni un solo rastro de sangre, y mi piel estaba lisa y tierna como el culito de un recién nacido.

Fui a la cocina, cogí una botella de *whisky*, me la bebí de dos tragos y me arrojé sobre la cama.

El *whisky* es el mejor somnífero que conozco.

Y yo necesitaba dormir.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del

TBO,

se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por

N y A,

para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

### **Listado de la colección:**

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.



- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy... espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut... ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble... o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —... Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: <http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/>

## Notas

[1] Oliver Hodgson: ver RECUERDE EL ARMA DORMIDA y KALI NO ES KALI, número 17 y 35 de esta colección. Si no los tenéis, podéis pedirselos al editor. < <

[2] ¡VACACIONES, MALDITAS VACACIONES!, número 25 de esta colección. < <

[3] Ver ¿DOBLE O SENCILLO?, número 26 de esta colección. < <